

A mi querido e ilustre maestro D. Juan Ortega y Rubio, en testimonio de sincera admiración y afecto cordial

Narciso Alonso Cortés

RELACIÓN DEL BAUTISMO DE FELIPE IV

[illegible]

11

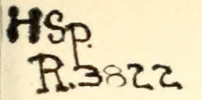
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]



RELACIÓN

DE LO SUCEDIDO EN LA CIUDAD DE VALLADOLID

DESDE

EL PUNTO DEL FELICÍSIMO NACIMIENTO

DEL PRÍNCIPE

DON FELIPE DOMINICO VÍCTOR

NUESTRO SEÑOR

HASTA QUE SE ACABARON LAS DEMOSTRACIONES

DE ALEGRÍA QUE POR ÉL SE HICIERON

REIMPRESIÓN CON PRÓLOGO

DE

Narciso Alonso Cortés

VALLADOLID

IMPRENTA DEL COLEGIO SANTIAGO

1916

PRÓLOGO

El día 10 de Enero de 1601 publicóse oficialmente en Madrid que Felipe III, haciendo buenos los rumores que de anterior se corrían, trasladaba su corte á Valladolid. Sin dar tiempo apenas para que los madrileños alzaran sus quejas, el monarca tomó al día siguiente el camino de su nueva residencia, y bien pronto marchó tras él la reina Margarita y la abigarrada turba de consejeros, oficiales, cortesanos y vagamundos.

La corte quedó establecida en Valladolid. Si en los cinco años que la retuvo en su recinto logró la ciudad del Pisuerga rayar en riqueza y esplendidez con las mejores de Europa, cosa es que no ha de evidenciarse en este lugar. Libros enteros tiene el lector donde podrá verlo con toda minuciosidad.

Los días más brillantes para Valladolid, en todo ese tiempo, fueron los del año 1605. Entonces vino el embajador de Inglaterra lord Charles Howar of Effingham y ratificó solemnemente las paces con España, á vueltas de una inacabable sucesión de agasajos y fiestas; entonces nació el príncipe D. Felipe, cuarto rey de este nombre,

y fué bautizado entre los mayores alardes de alegría y esplendidez.

El bautismo de Felipe IV se verificó el día 29 de Mayo de aquel año y no el 28, como hasta ahora han dicho casi todos los historiadores. Este error nació de que en una relación de aquella solemnidad—la que aquí reimprimimos—se encabezó de este modo el capítulo correspondiente: *El baptismo felicísimo del Príncipe, nuestro señor, en la iglesia de San Pablo, de Valladolid, á 28 de Mayo.* Mas esto es una errata, y así se echa de ver sólo con observar que poco antes dice la misma relación: «El sábado 28 de Mayo, por la mañana, porque el domingo adelante había de ser el bautismo del Príncipe, nuestro señor, entraron en palacio en ordenanza», etc.

Así lo comprueban todos los escritores contemporáneos que hablan del bautizo, al decir que éste se celebró *el domingo de Pascua,* que aquel año cayó en 29 de Mayo. «Día de Pascua del Espíritu Santo, por la tarde, se hizo el bautismo del Príncipe», dice Pinheiro da Veiga. Tampoco Cabrera de Córdoba deja dudas sobre el particular, como se ve por las siguientes palabras: «*Jueves á los 26 de Mayo,* llegó el Almirante de Inglaterra á la Corte... *El sábado adelante, víspera de Pascua,* salieron los de las guardas españolas y tudescas... *El día de Pascua por la mañana,* salieron los príncipes de Saboya... A las cinco fueron los Consejos de Castilla, Aragón, Italia, Inquisición, Ordenes y Hacienda con sus presidentes á San Pablo...» Deshecho, pues,

el error, subsanamos la errata en esta reimpresión.

Como el acontecimiento lo merecía, hubo varios escritores que, bien oficial, bien oficiosamente, se encargaron de componer relaciones del bautismo y festejos que le acompañaron. Fueron estas:

1. Relacion de lo svcedido en la Ciudad de Valladolid, desde el punto del felicissimo nacimiento del Principe Don Felipe Dominico Victor nuestro Señor: hasta que se acabaron las demostraciones de alegria que por el se hizieron. Al Conde de Miranda. Año 1605. Con licencia, En Valladolid, Por Iuan Godinez de Millis. Vendese en casa de Antonio Coello en la Libreria.

2. Relacion cierta y verdadera del solenne Baptismo que se hizo a el esclareççido principe de España nuestro señor, que Dios guarde muchos años para aumento de su Sancta Fe Catolica, en la ciudad de Valladolid Primero dia de Pascua de Espiritu Sancto, en el Convento de San Pablo. Dasse cuenta de el orden q se tuuo en el Bautismo, y quien fueron los padrinos, y del nombre que se le puso, Anno de 1603 *(sic)*. Impresso con licencia en Madrid.

3. Relacion del bautismo del principe de España en Valladolid. Madrid, 1605.

4. Discurso sobre las fiestas que se hicieron en Valladolid por el dichoso nacimiento del Principe Don Phelipe IV. hijo de los Catolicos Reyes Don Phelipe III. y doña Margarita de Austria. Por Don Geronimo Gascon de Torquemada, secretario del Rey nuestro señor y su aposentador el mas antiguo de la Real Casa de Borgoña, de la Camara de los Serenissimos Principes de Saboya y electo de la Camara del Sermº Señor Infante Don Carlos, hermano de Su Magestad, año de 1605.

5. Relacion general de las fiestas que se hizieron en la ciudad de Valladolid diez dias del mes de Iunio de 1605. despues del bautismo del Principe que Dios guarde, y del juego de cañas en q entro su Magestad el Rey don Felipe nuestro Señor, y la yda que hizo la Reyna de palacio a la plaça y la comida que le dieron en el Consistorio de la ciudad, y de los toros que se corrierõ, y de la muestra general que se tomo a veinte y seis cõpañias en la puer-

ta del Campo, para entregar el baston al Duque de Lerma, y de las pazes de Inglaterra, y de la fiesta del Corpus, y venida de la Yglesia a palacio su Majestad, el Rey dō Felipe N. S. q. Dios guarde.—Impresso con licencia en Cordoua, en este Año de 1605.

6. Augustissimo Philippo Dominico Hispaniarum principi recens nato...—1606.

7. Relatione di quanto à sucesso nella citta di Vagliadolid dopo il nascimento del principe di Spagna. Milano, 1608.

8. A Relation of such things as were observed to happen in the Journey of the right Honourable Charles Earle of Nottingham, L. High Admirall of England, His Highnesse Ambassadour to the King of Spaine: Being sent thither to take the Oath of the sayd King for the manteinance of Peace betweene the two famous Kings of Great Brittaine and Spaine: According to the seuerall Articles formerly concluded on by the Constable of Castilla in England in the Moneth of August 1604. Set forth by Authoritie. London, Printed by Melchisedech Bradwood for Gregorie Seaton, and are to be sold at his shop vnder Aldersgate. 1605. (El autor de esta relación es Robert Treswell. Hay otra, también inglesa, anónima).

9. Fiestas que se hicieron con motivo del nacimiento de Phelipe IV, y entrada y festejos hechos al Embajador de Inglaterra que vino a tratar paces. (Ms. citado por Salvá).

10. Hospedaje que se hizo al Almirante de Inglaterra, cuando vino a la conclusion de las paces. (B. Nacional, ms. 5-49).

11. Lettera di Lelio Girlinzone di relazione del viaggio della regina di Spagna, Ferrara, 16 Novembre 1598; della sua entrata a Valenza, 1599; e del ricevimento dell' almirante d' Inghiliterra in Vagliadolid a 1605. (Ms. de la B. Nacional de Florencia).

12. Sarao que sus magestades hiçieron en palaçio por el dichoso nacimiento del prinçipe nuestro señor don filipe quarto deste nonbre, en la ciudad de Valladolid, a los diez y seys del mes de Junio año de 1605. (Ms. Bibliot. Acad. Hist.)

13. Relacion del sarao y mascara con que se celebró en el palacio real de Valladolid el 16 de junio de 1605, el nacimiento del principe Don Felipe. (Ms. de la B. de Salvá).

14. Relacion del Sarao q. se hizo en la corte en Junio de 1605. (Ms. cit. por Alenda).

De estas relaciones, la más autorizada é importante es la primera de las enumeradas. Es la misma que reimprimimos. Sobradamente conocidas las dudas que acerca de su autor se han suscitado, parece obligado, no obstante, repetirlas aquí.

Por los mismos días en que aparecía esta relación, escribió Góngora aquel sabidísimo soneto:

> Parió la reina, el luterano vino
> con seiscientos herejes y herejías;
> gastamos un millón en quince días
> en darles joyas, hospedaje y vino.
> Hicimos un alarde ó desatino
> y unas fiestas que fueron tropelías
> al ánglico legado y sus espías
> del que juró la paz sobre Calvino.
> Bautizamos al niño Dominico
> que nació para serlo en las Españas;
> hicimos un sarao de encantamento;
> quedamos pobres, fué Lutero rico;
> mandáronse escribir estas hazañas
> á Don Quijote, á Sancho y su jumento.

¿A quién aludía el poeta cordobés en estas últimas palabras? Difícil es hoy conjeturarlo; pero quince años después de aquellos hechos, escribía lo siguiente el autor de cierta *Respuesta á los Apuntamientos que salieron contra la Segunda Relación de las fiestas en Sevilla en 2 de Octubre de 1620:* «Mire la memoria que la antigüedad hace de los gastos. Y de otros infinitos se pudiera traher ejemplos: y de nuestros tiempos lee a Miguel de Servantes en la Relacion de las fiestas que en Valladolid se hicieron al nascimiento de nuestro Príncipe, a cuya dichosa junta conyugal

se hicieron las que yo escribí, que tu apuntaste, verás si hace mencion de los gastos sumptuosos que en ella se hicieron.»

¿Constábale á este anónimo escritor que era Cervantes el autor de aquella *Relación,* ó lo sospechaba así por creerle aludido en el soneto de Góngora? Esto último es lo probable; y hasta tal vez quepa relacionar lo que dice sobre los gastos hechos en las fiestas reales, con aquello de *gastamos un millón en quince días.*

Es lo cierto que, basándose en el soneto de Góngora, Pellicer se mostró muy inclinado á adjudicar á Cervantes la paternidad de la *Relación.* «No se declara en ella el autor—decía;—pero no desdice del ingenio ni estilo de Miguel de Cervantes.» Otro tanto hizo Navarrete, diciendo que, si bien la relación no expresaba autor, «nos dejó bastantes indicios de serlo Cervantes el famoso poeta D. Luis de Góngora, que como testigo ocular compuso un soneto irónico y burlesco...»

Así lo creyó también D. Cayetano Alberto de la Barrera; pero otros escritores que con posterioridad tocaron la cuestión, sostuvieron la opinión contraria, alegando que el estilo de aquella relación está muy distante de la galanura cervantina.

Así las cosas, D. Cristóbal Pérez Pastor publicó en el tomo II de los *Documentos cervantinos* una carta de pago del cronista mayor de Indias, Antonio de Herrera, en que decía recibir «mil y trecientos y sesenta y tres reales que se

le mandan dar y pagar por libramiento de los señores de su Consejo refrendado de Christobal Nuñez de Leon, escribano de camara, por el gasto de la impresion de mil y quinientas Relaciones que ha de hacer imprimir de letra atanasia de las fiestas que se hicieron en esta corte por el felizisimo nacimiento del Príncipe Nuestro Señor...» El Sr. Pérez Pastor, fundándose en que esta carta de pago, por razones muy atendibles, había de referirse á la *Relación* que aquí reimprimimos y no á otra, concluye que el autor de la misma fué el propio Antonio de Herrera.

Con todo eso, aún queda en pie la alusión de Góngora. ¿Por qué decía el poeta cordobés que se mandó escribir aquellas hazañas *á Don Quijote, á Sancho y su jumento?* ¿Puede negarse la intención de estas palabras?

El que estas líneas escribe ha deslizado en otro lugar una hipótesis, que ahora mantiene ¿No parece que Góngora, al hablar de *Don Quijote, Sancho y su jumento,* más que á un individuo se refería á tres, que habrían recibido el encargo de escribir, ya una, ya sendas relaciones, dándose quizá el caso de que uno de ellos fuese escuálido como el ingenioso hidalgo, el otro achaparrado como Sancho, y el último, por sus escasas luces, admitiese comparación con el rucio? También, sin darse en absoluto estas coincidencias, pudo ocurrir que Cervantes fuese uno de los colaboradores, con lo cual Góngora se encontró medio hecha la frase.

Este último supuesto, que daría en parte la razón á los que tienen á Cervantes como cronista de las fiestas reales, no parece absurdo. Bueno será hacer constar, por si acaso, que en la carta de pago antes mencionada no se dice que el autor de la *Relación* fuese Antonio de Herrera; que aun siendo cierto que tales documentos se otorgaban por el editor, cuando pagaba la impresión, ó por el autor, si corría con todos los gastos, la dedicatoria, licencia y tasa de esta *Relación* parecen demostrar que fué el librero Antonio Coello quien costeó la edición; y, por último, que la *Relación,* sin ser un modelo literario, responde á lo que en este género de trabajos se acostumbraba. Si Cervantes, poco ó mucho, intervino en ella, tendría que acomodarse al patrón obligado.

Merece notarse la inserción de las estancias que se cantaron en el sarao celebrado el día 16 de Junio. ¿Tendría parte en ellas el autor del *Quijote?* ¿Le darían encargo de escribirlas, incorporándolas luego á la *Relación?* ¿Será ésta acaso la única colaboración que el gran escritor puso en el trabajo aquí reimpreso? Algo hay en ellas que se acuerda muy bien con las poesías de Cervantes; pero cuanto se dijera sobre el particular sería gratuíto.

Claro es que al firmar Herrera la carta de pago, no faltaría razón para ello: ó le habrían dado encargo para que hiciese imprimir esta ú otra *Relación,* ó era quizá uno de los colaboradores.

Sea como quiera, esta *Relación* ofrece gran interés para Valladolid. De ella, apenas publicada, debió de hacerse una segunda edición á renglón y plana de la primera; pero no obstante esto y haberse incluído por Hartzenbusch y Rosell en las *Obras completas* de Cervantes (1863-1864), no es fácil y generalmente asequible, porque si los ejemplares de aquellas ediciones escasean, no abundan mucho más los de la última. Estas razones justifican su reimpresión.

He adoptado, al hacer ésta, la ortografía moderna, porque no la doy como testimonio filológico, sino como documento histórico. No lleva notas; pero pueden verse las de mi traducción de la *Fastiginia,* de Pinheiro da Veiga, que tienen aquí cabal aplicación.

NARCISO ALONSO CORTÉS



RELACION

DE LO SVCEDI-
DO EN LA CIVDAD
DE VALLADOLID, DESDE
EL PUNTO DEL FELICCISIMO NACIMIENTO DEL
PRINCIPE DON FELIPE DOMINICO VICTOR
NUESTRO SEÑOR: HASTA QUE SE ACABARON LAS
DEMOSTRACIONES DE ALEGRIA QUE
POR EL SE HIZIERON

AL CONDE DE MIRANDA

AÑO 1605

Con licencia,
En Valladolid, por Iuan Godinez de Millis
Vendese en casa de Antonio Coello en la Libreria.

A DON JUAN DE ZÚÑIGA AVELLANEDA Y BAZÁN, CONDE DE MIRANDA, MARQUÉS DE LA BAÑEZA, SEÑOR DE LA VALDUERNA, DEL CONSEJO DE ESTADO DEL REY NUESTRO SEÑOR Y SU PRESIDENTE DEL SUPREMO DE CASTILLA.

ANTONIO CUELLO, MERCADER DE LIBROS, VECINO DE VALLADOLID.

La clemencia, la justicia, la equidad y la gratitud reinan tanto en V. Excelencia, que siendo en estos calamitosos tiempos la coluna que con estas partes mantiene y sustenta la virtud, no me ha parecido dedicar á sujeto menos claro esta relación, que para ser impresa ha venido á mis manos; pues que tratándose en ella de la grandeza del Rey nuestro señor, de su piedad, prudencia y generosidad, y de las demás grandes excelencias del ánimo y del cuerpo de que su Majestad es dotado, dignamente puede V. Excelencia recebir este trabajo en protección y á mí perdonar el atrevimiento de haberme valido de su ilustrísimo nombre para ello, á quien humilmente suplico reciba mi voluntad, y con su clemencia ampare lo que tan justamente lo merece. Guarde Dios á V. Excelencia. De Valladolid, á nueve de Otubre 1605.

Licencia.

Yo Cristóbal Núñez de León, escribano de Cámara de su Majestad y uno de los que en su Consejo residen, doy fe que por los señores dél se dió licencia á Antonio Coello, librero residente en esta Corte, para poder imprimir y vender las Fiestas que se hicieron por el nacimiento del serenísimo Príncipe nuestro señor y lo sucedido durante el tiempo dellas. Y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo y pedimiento de la parte del dicho Antonio Coello doy esta fe. En Valladolid, á ocho de Otubre de mil y seiscientos y cinco años.—Cristóbal Núñez de León.

Tasa.

Yo Cristóbal Núñez de León, escribano de Cámara de su majestad y uno de los que residen en su Consejo, doy fe que habiéndose presentado ante los señores dél por Antonio Coello, librero, residente en esta corte, un libro intitulado Las fiestas que se hicieron por el nacimiento del serenísimo Príncipe nuestro señor y lo sucedido durante el tiempo dellas, que con licencia de los dichos señores fué impreso, tasaron cada pliego á tres maravedís y medio; y así mandaron se vendiese. Y que esta tasa se ponga al principio de cada libro. Y para que dello conste, de mandado de los dichos señores y de pedimiento del dicho Antonio Coello, doy esta fe. En la ciu-

dad de Valladolid á 19 de Otubre de 1605 años. —Cristóbal Núñez de León.

Erratas.

(Corrección de nueve erratas suscrita por el doctor Alonso Vaca de Santiago. Se han subsanado, naturalmente, en la presente reimpresión).

Sumario de lo que se contiene en esta Relación.

Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el felicísimo nacimiento del Príncipe nuestro señor hasta que se acabaron las fiestas y demostraciones de alegría que por él se hicieron.

Dios, nuestro Señor, según se debe creer, movido de su misericordia infinita, por las continuas y afetuosas suplicaciones destos reinos, la usó con ellos, dándoles heredero y sucesor, y de las muchas y grandes virtudes, verdaderamente reales, de su padre; cuyo nacimiento, que placerá á la Divina Majestad sea tan dichoso como deseado, comenzaron á anunciar, como sus precursores, algunos pequeños dolores que la Reina, nuestra señora, sintió el Jueves Santo, 7 de Abril, y habiendo cesado, recibió su Majestad el Santísimo Sacramento, y asistió á todos los oficios con que la Iglesia celebra su divina institución, y al acto del lavatorio, vestuario y comida de los doce pobres, que su majestad ejercitó con su acostumbrada piedad y devoción, y después oyó el Mandato en la capilla Real, y se puso á una ventana á ver pasar las procesiones de los deciplinantes, y se volvió á la capilla y oyó el oficio de las Tinieblas.

El viernes siguiente, que fué el día de la Cruz,

asistió su Majestad en los oficios; y hechos tan piadosos y saludables ejercicios, el mesmo día en la tarde la volvieron los dolores tan vivos, y la comenzaron apretar de manera, que obligaron á Doña Catalina de Zúñiga y Sandoval, Condesa de Lemos, su camarera mayor, á mandar que la comadre, que había días que estaba en palacio, viniese al aposento de su Majestad, y avisar al Rey, nuestro señor, al Duque de Lerma, y al Duque de Sesa, mayordomo mayor, para proveer en todo lo que conviniese; el cual luego ordenó que viniesen los médicos.

La Reina nuestra señora, qué hizo el día antes de su parto.

Este aviso halló al Rey, nuestro señor, en su capilla, oyendo los maitines desde su balcón; y pareciendo que los dolores apretaban y se acercaba el parto, y que el oficio se acababa, envió á mandar á D. Alvaro de Carvajal que se detuviese la Capilla hasta que otra cosa se ordenase; y sabiendo que eran acabados, le envió á llamar, y mandó que se hiciesen las devociones acostumbradas en tales ocasiones; y comenzando los maitines de la Natividad de nuestro Señor, al primer noturno, estando en la primera lección, que serían las nueve y tres cuartos antes de la media noche, algo más, salió la alegre y tan deseada nueva de que nuestro Señor había sido servido de alumbrar á la Reina, nuestra señora, de un Príncipe; con que en un momento se comenzó á regocijar el palacio Real, y el Duque de Lerma

Alumbramiento felicísimo de la Reina nuestra señora, del Príncipe nuestro señor.

envió el aviso á todos los grandes, presidentes y del Consejo de Estado, y otras casas particulares y á los embajadores. Y juzgando todos que Dios, por su misericordia, hacía tan gran bien y tanta gracia á estos reinos, por los méritos de rey tan pío y cristiano, concurrió tanta gente de todas condiciones, que fué muestra bien cierta del general contento que se recibió; porque cuando llegó el aviso que su Majestad quería bajar á la capilla á dar á Dios públicas gracias por esta merced, todo estaba lleno de gente, y la Capilla Real no cesó en los maitines de la Natividad, y cuando llegó el Te Deum Laudamus, paró hasta que llegase el Rey.

El Rey nuestro señor baja á dar gracias á la capilla.

Estando las guardas en su lugar, y como se ha dicho, el palacio Real lleno de gente, bajó el Rey, acompañado de Victorio Amadeo, Príncipe de Piamonte, y Filiberto Manuel, gran Prior de Castilla de la Orden de San Juan, sus sobrinos, y de los grandes, de los del Consejo de Estado y Guerra, de sus mayordomos y caballeros de la Cámara, y otros muchos, y fué recibido en la capilla con mucha música de instrumentos; y habiéndose su Majestad hincado de rodillas, el coro comenzó el hacimiento de gracias, cantando con gran solenidad el cántico de Te Deum laudamus.

Entre las personas que habían acudido á palacio, fué D. Diego Sarmiento de Acuña, del Consejo de Hacienda y Corregidor de Valladolid, y yendo á la Iglesia mayor, llevó la nueva al

Obispo, que le halló con sus capitulares á tiempo que se habían acabado los maitines; y luego se ordenó que en todas las iglesias se hiciese la primera demostración, y se dieron gracias á Dios; y el estruendo de los repiques y campanas á tal hora, y en día que la Santa Iglesia celebra el triunfo de la Santísima Cruz, en punto que los oficios fúnebres en todas partes estaban acabados, y cuando católicamente se cree que nuestro Salvador había bajado á sacar aquellas santas almas que tanto habían aguardado la deseada hora, dió que pensar al pueblo, que aun estaba inorante de la dichosa y felicísima causa; por lo cual, y porque el nacimiento del católico y prudente Rey D. Felipe II fué el año de 1527, y por haber nacido este hijo al Rey, nuestro señor, D. Felipe III, á los veinte y siete años de su edad, y haber otros veinte y siete que en su serenísima casa, con haber tantos príncipes della, no ha nacido príncipe varón, no tendrán para qué cansarse los astrólogos en levantar otras figuras ni hacer otras consideraciones, pues de éstas se puede justísimamente augurar que este dichoso nacimiento ha de ser para grandísimo servicio de Dios, exaltación de su Iglesia y bien de los reinos y estados desta corona.

El pueblo se admira de tal novedad en Viernes Santo.

Astrólogos no tienen que levantar figura.

Llegó D. Juan Bautista de Acevedo, Obispo de Valladolid, Inquisidor general, cuando en la capilla Real se acababa el Te Deum laudamus, y echó la bendición episcopal, con las oraciones de

la Santísima Trinidad y de gracias, añadiendo en ellas *Principem nostrum,* palabras que acrecentaron el entrañable regocijo y alegría en el ánimo de su Majestad y de todos; y acabada la bendición, D. Alvaro de Carvajal dió á su Majestad la norabuena de su parte y de la Capilla, y le suplicó diese licencia para que todos los della le besasen la mano, y su Majestad la concedió gratísimamente, y se abrieron las cortinas, y tras ellas se la besaron, indiferentemente, más de cuatrocientos ministros y criados, y otros que habían concurrido, y á todos recibió con majestad y alegre semblante, y se retiró casi á media noche, y la gente se fué á sus casas, hallando las calles con muchas luminarias, que voluntariamente, por tan alegre novedad pusieron.

Obispo de Valladolid da la bendición episcopal en la capilla real.

Mucha gente besa la mano al rey.

El Rey va á visitar la santa casa de Nuestra Señora de San Llorente.

El siguiente día, víspera de Pascua, fué cosa notable la general alegría con que en toda la Corte unos á otros se saludaban y daban la norabuena de tan bienaventurado suceso; y como el Corregidor mandó cesar los oficios mecánicos, no se vía sino contento y placer y dar gracias á Dios por tanto bien. Y reconociendo su Majestad que le consiguió por la intercesión de la Sacratísima Virgen, su madre, salió este día, á las cinco de la tarde, vestido de blanco, á caballo, y de la

misma manera casi toda la Corte, y en particular el Duque de Lerma, el Marqués de Velada, mayordomo mayor, y todos los mayordomos y caballeros de la cámara, y con gran acompañamiento de los grandes y de toda la caballería, con muchas y diversas galas, fué á visitar la santa casa de Nuestra Señora de San Llorente, y conforme á su acostumbrada piedad, dalla gracias por tanto bien.

Estaba el Corregidor, D. Diego Sarmiento de Acuña, con el Regimiento de Valladolid, en las ventanas de la casa de la Ciudad, que tenía colgadas de paños de seda, tocando muchos menestriles, trompetas y atabales; y al tiempo que su Majestad iba entrando en la plaza Mayor, se comenzó á derramar mucha moneda de plata desde las ventanas, siendo cosa de ver la grita y baraunda del pueblo por tomalla; y pudo ser mucha, aunque la cantidad no se pudo averiguar, porque duró el esparcilla hasta que su Majestad volvió de las completas, que su Capilla le dijo en Nuestra Señora; y el Corregidor, autor desta demostración, empleada en tan conviniente ocasión, mandó que esta noche se pusiesen luminarias en todas las ventanas de las plazas y calles; con las cuales, y las diversas músicas que hubo en muchas partes, estuvo la ciudad muy regocijada, con gran concurso de gente, y tan clara, que parecía de día; y los vecinos lo hicieron siempre con tan interno amor, que fueron poco necesarias las órdenes del Corregidor.

El Regimiento de Valladolid derrama dinero.

El Duque de Lerma avisó luego esta nueva al Emperador, porque siendo tan dichosa para su serenísima casa y aumento della, se había de alegrar, y ansi mismo al señor Archiduque Alberto y á la señora infanta doña Isabel, á Flandes, y á la señora Archiduquesa María, madre de la Reina, nuestra señora. Y después su Majestad lo mandó avisar más de propósito, y al Sacro Colegio de los Cardenales, que estaban en el cónclave para dar sucesor al pontífice Clemente VIII, que murió á 4 de Marzo, y así mismo á todos sus reinos y estados, visoreyes, embajadores y ministros, por los Consejos á quien tocaba, conforme á la costumbre, con advertencia que las principales fiestas y alegrías fuesen las gracias á Dios, nuestro Señor, por tanto bien.

Avísase á todas partes del nacimiento de su alteza.

Los consejos van á besar la mano al Rey.

El día de Pascua, alegre por todas razones, fueron los consejos á dar á su Majestad la norabuena, y fué el primero el Conde de Miranda, del Consejo de Estado, que hallándole la nueva en el abadía de Retuerta, á donde se había retirado á tener la Semana Santa, vino el día antes, y con plumas y galas se fué á Palacio y besó la mano al Rey, y ahora, como Presidente del Consejo, llevó consigo al licenciado Alonso Núñez de Boorques, de la cámara y de la Santa y general Inquisición;

Conde de Miranda vuelve del monasterio de Retuerta á besar la mano al Rey.

el licenciado Tejada; el dotor D. Alonso Agreda, caballero del hábito de Santiago y de la cámara; el licenciado Francisco de Albornoz, caballero del hábito de Santiago y del Consejo de Cruzada; el licenciado D. Diego López de Ayala, caballero del hábito de Alcántara; el licenciado Don Diego Fernando de Alarcón; el licenciado Don Francisco de Contreras, caballero del hábito de Santiago y del Consejo de Hacienda; el licenciado D. Juan de Ocón, caballero del hábito de Calatrava; el licenciado D. Alvaro de Benavides, caballero del hábito de Santiago y de la cámara; el licenciado Alonso Ramírez de Prado, del Consejo de Hacienda; el licenciado D. Fernando Carrillo, caballero del hábito de Santiago y de la cámara; el licenciado D. Francisco Mena de Barrionuevo; el licenciado Gonzalo de Aponte de Quiñones; el licenciado Juan Aldrete, caballero del hábito de Alcántara; el licenciado D. Diego de Aldrete; el licenciado D. García de Medrano, caballero del hábito de Santiago; el licenciado Gil Ramírez de Arellano; el dotor Juan de la Cruz; el dotor Antonio Bonal; el licenciado Juan Fernández de Angulo, fiscal del Consejo.

Consejo Real.

Consejo de Aragón.

En segundo lugar, fué á hacer el mismo oficio Don Diego de Covarrubias, Vicecanciller de Aragón, caballero del hábito de Montesa; y eran los deste Consejo: el dotor D. Monserrat de Guardiola, Regente de Cataluña; el dotor D. Juan Sabater, también Regente de Cataluña; el dotor D. Martín

Monter, Regente de Aragón; el dotor Juan Pérez de Bañatos, Regente de Valencia; el dotor Don Felipe Tallada, regente de Valencia, caballero del hábito de Montesa.

Consejo de Italia.

En tercero lugar, fué Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, del Consejo de Estado y presidente del Sacro Supremo de Italia; y eran los deste Consejo: el dotor Miguel de Lanz, Regente de Milán; el dotor Francisco Alvarez de Ribera, Regente de Nápoles; el dotor Antonio de Valcárcel, Regente de Nápoles; D. Jerónimo Muñoz, caballero de la Orden de Santiago, conservador general del patrimonio de Italia.

Consejo de Indias.

El Conde de Lemos y Andrada D. Pedro Fernández de Castro, Presidente del Real y Supremo Consejo de las Indias, fué en cuarto lugar, y los del Consejo son: el licenciado Benito Rodríguez Baltodano y de la cámara, el licenciado D. Tomás Jiménez Ortiz y de la cámara, el licenciado D. Francisco Arias Maldonado, el licenciado Benavente de Benavides, el licenciado Luis de Salcedo y de la cámara, el licenciado Villagutiérrez Chumacero, el licenciado Gudiel, el licenciado Bernardo de la Olmedilla, el licenciado D. Francisco de Tejada, el comendador Juan de Ibarra, del hábito de Calatrava; el licenciado D. Juan de Zúñiga, el licenciado Solórzano, el licenciado Villagómez, el licenciado D. Pedro de Marmolejo, Fiscal del Consejo.

Siguió luego D. Juan de Idiáquez, Comenda-

Consejo de Ordenes.

dor mayor de León, del Consejo de Estado y Presidente del de las Ordenes; y los del Consejo que llevaba eran: el licenciado D. Antonio de Pedrosa, caballero del hábito de Calatrava; el licenciado don Egas Venegas Girón, caballero del hábito de Santiago; el licenciado Ruy Díaz de Mendoza, caballero del hábito de Alcántara; el dotor D. Luis de Padilla, caballero del hábito de Calatrava; el licenciado D. Jerónimo de Medinilla, caballero del hábito de Santiago; el licenciado D. Juan Serrano Zapata, caballero del hábito de Alcántara, Fiscal.

Consejo de Hacienda y tribunales della.

D. Juan de Acuña, Presidente del Consejo de Hacienda y de los tribunales de la Contaduría mayor de Hacienda y Contaduría mayor de Cuentas, no llevó el Consejo de Hacienda en nombre de consejo, por la competencia de precedencia que tiene con otros consejos, ni tampoco fueron las contadurías mayores como tribunales; y son las personas: Luis Gaitán de Ayala, caballero del hábito de Santiago; Francisco de Salablanca; Esteban de Ibarra, caballero del hábito de Santiago; Bernabé de Pedroso; Cristóbal de Ipenarrieta, caballero del hábito de Calatrava; Gaspar de Pons; D. Pedro Mexía de Tovar, caballero del hábito de Santiago; D. Diego Sarmiento de Acuña, caballero del hábito de Calatrava, Corregidor de Valladolid. Y los oidores de la Contaduría mayor de Hacienda, eran: el licenciado Aldaya; el licenciado D. Luis de Santillán; el licenciado D. Juan Beltrán de Guevara, electo de Salerno; el licenciado don

Luis de Mercado; el licenciado Binaspre, y el licenciado Melchior de Molina, Fiscal. Los contadores mayores de Cuentas son: Sancho Méndez de Salazar, Luis de Alarcón, Diego Chaves de Bañuelos, Tomás de Ayardi, Juan de Gamboa, y Diego Pérez de Salcedo, Fiscal.

Consejo de Portugal.

Los del Consejo de Portugal besaron la mano al Rey, aunque no en forma de Consejo, y fueron: D. Juan de Borja, Conde de Ficallo, del Consejo de Estado que preside en el de Portugal; D. Manuel de Castelblanco, Conde de Villanova; D. Esteban de Faro; Enrique de Sosa, Gobernador del Puerto; Pedrálvarez Pereira, caballero del hábito de Christus; Alonso Hurtado de Mendoza, y el dotor Francisco Noguera, del hábito de Santiago.

Consejo de Estado y Guerra.

Los Consejos de Estado y Guerra no van en forma de consejos, y porque el Consejo de la Santa y general Inquisición, por la competencia de precedencia que tiene con el de Aragón, no fué este día, el siguiente le llevó el Inquisidor general D. Juan Bautista de Acevedo, Obispo de Valladolid; y los del Consejo son: el licenciado Vigil de Quiñones, el licenciado D. Juan de Mendoza, el licenciado Pedro de Zamora, el licenciado D. Felipe de Tassis, Comisario general de la Cruzada; el licenciado D. Antonio Venegas, el licenciado Alonso Gaitán, el Conde de Villalonga, Comendador de Silla, del hábito de Montesa, y el licenciado Alonso Márquez, Fiscal del dicho Consejo.

Consejo de la Santa y general Inquisición.

La ciudad, este mismo día, besó la mano á su Majestad, yendo en cuerpo de Ciudad, con el Corregidor y Regimiento, con sus maceros con ropas de terciopelo carmesí, y el Duque de Lerma, como regidor, intervino en este acto, y quiso honrar á la Ciudad.

La ciudad de Valladolid.

También besaron á su Majestad la mano, la Universidad y el insigne Colegio de Santa Cruz.

Universidad y Colegio de Santa Cruz.

Nueva de la elección de León XI.

En este instante se tuvo aviso que el Sacro Colegio de los Cardenales había elegido, ocho días antes del nacimiento del Príncipe, nuestro señor, que fué 1.º de Abril, á dos ó tres horas de la noche, al Cardenal Alejandro de Médices, Arzobispo de Florencia, que se llama León XI; y luego se dieron gracias á Dios y se hicieron las demostraciones de alegrías, de luminarias y otras cosas que en estos reinos se acostumbran cuando llega la nueva de la elección del Vicario de Cristo, y tanto más se regocijó, cuanto halló á la corte y á los reinos en las presentes alegrías; y destas cosas y otras, aunque no sean al propósito destas fiestas, se hace mención en esta relación, por haber sucedido durante el tiempo dellas.

Procesión General.

El domingo de Casimodo, habiéndose dado muchas limosnas y ordenado que se hiciesen

gracias y perdones, como se acostumbra en nacimiento de príncipes primogénitos, porque el hacimiento de gracias á Dios, nuestro Señor, fuese con todo cumplimiento, se mandó que se hiciese una procesión general; la cual, con intervención de todos los consejos, el Obispo, Capítulo de la iglesia mayor, clerecía y todas las órdenes y cofradías, que en Valladolid son muchas, fué con gran devoción á la santa casa de Nuestra Señora de San Llorente; y el día siguiente en la tarde tuvo el Corregidor, D. Diego Sarmiento de Acuña, prevenida una máscara de gran número de caballeros, con tales adornos que ilustraron el día y la fiesta.

Máscara de la ciudad de Valladolid.

Primeramente, en la plaza de la Trinidad, á donde posa el Duque del Infantado y el Conde de Saldaña, se juntaron los de la máscara, y desde allí se atajaron todas las bocas de las calles que refieren en la principal, que va á palacio, porque la multitud de los coches no hiciese impedimento, y se hicieron tablados en la plaza de Palacio y en la Mayor, en los cuales mucha diversidad de danzas y músicas alegraron el día y entretuvieron al pueblo, y á la noche se pusieron extraordinarias luminarias, porque el Corregidor mandó repartir más de doce mil papelones pintados con las armas de la Ciudad, para que el aire no matase las lumbres, que puestos por la orden de los muchos balcones de las ventanas, que es

conforme á la regla de arquitectura, hacían una agradable vista, y parecía que se ardía la ciudad.

El gasto de la máscara hizo la Ciudad, y eran los vestidos: capas castellanas de grana con grandes franjones ó pasamanos de oro, aforrados de velo de plata, caperuzas de terciopelo negro, á la castellana, guarnecidas de plata, con plumas blancas; vaqueros de rasos de colores, con pasamanos de oro, y los paramentos de los caballos de lo mismo, muy empenachados, y todos á la jineta.

Los caballeros eran los siguientes:

Caballeros de la máscara.

El Corregidor, D. Diego Sarmiento de Acuña.

El Duque de Lerma, que quiso dar la mano derecha al Corregidor, por honrar á la Ciudad y autorizar á la justicia.

El Duque de Cea, gentilhombre de la cámara del Rey.

El Conde de Lemos, de la cámara del Rey.

El Duque de Alba, de la cámara del Rey.

El Duque de Pastrana.

El Marqués de la Bañeza, que ahora es de la cámara del Rey.

El Conde de Salinas, del Consejo de Portugal.

El Conde D. Luis Enríquez de Almanza, mayordomo del Rey.

El Conde de Nieva, D. Francisco Enríquez de Almanza, mayordomo del Rey.

El Conde de Barajas, mayordomo del Rey.

El Conde de Saldaña, de la cámara del Rey.

D. Enrique de Guzmán, de la cámara del Rey.

El Conde de Gelves, de la cámara del Rey.

El Conde de Mayalde, de la cámara del Rey.

D. Martín de Alagón, Comendador mayor de Alcañices, de la cámara del Rey.

D. García de Figueroa, de la cámara del Rey.

El Marqués de Alcañices.

El Marqués de Tavara.

El Marqués del Carpio.

El Marqués de Fuentes.

El Conde de Coruña.

D. Manuel de Alencastro, hermano del Duque de Avero.

D. Eugenio de Padilla, hermano del Adelantado de Castilla.

D. Manuel Manrique, Comendador mayor de Aragón, de la Orden de Santiago.

D. Gaspar de Moscoso, hijo del conde de Altamira.

D. Fernando de Borja, Comendador mayor de Montesa.

D. Diego Sarmiento de Mendoza, hijo del Conde de Rivadavia.

D. Antonio de Toledo, señor de la Horcajada.

D. Manuel de Zúñiga, hijo del Conde de Monterey.

D. Fernando de Toledo, señor de Higares.

D. Pedro de Zúñiga, señor de Miraflores, Embajador de Ingalaterra.

D. Martín Valero de Franqueza, caballero del

hábito de Santiago, gentilhombre de la boca del Rey.

D. Andrés Velázquez de Velasco, señor de Villa-Baquerín.

D. Diego de Sandoval, de la boca de su Majestad, que ahora es corregidor de Valladolid.

D. Pedro Venegas, de la boca de su Majestad.

D. Pedro Pacheco, de la boca de su Majestad.

D. Gómez Zapata, de la boca de su Majestad.

D. Pedro de Granada, señor de Campotejar.

Diego López de Sosa.

D. Fernando de la Cerda, del hábito de Santiago.

D. Alonso Ramírez de Peralta, señor de Liger y Codar.

D. Juan de Tassis, de la boca del Rey.

D. Alonso Girón, de la boca de su Majestad.

Arias Pardo de Figueroa.

D. Jusepe de Cardona, del hábito de Alcántara.

D. Bernardo de Rojas y Sandoval.

D. Diego de Espinosa, caballero del hábito de Santiago.

D. Antonio Franco de Guzmán, señor de Valoria y Villafuerte.

D. Juan Vicentelo, señor de Cantillana.

D. Luis Manuel, del hábito de Calatrava.

D. Luis de Avalos, de la boca del Rey.

D. Diego de las Mariñas, Mayordomo del Príncipe de Piamonte.

D. Jerónimo Muñoz, de su cámara.

D. Juan de Heredia, de su cámara.

D. Francisco de Córdoba, de su cámara.
D. Alvaro de Mendoza, de su cámara.
D. Vicente Zapata, de su cámara.
D. Alonso de la Cueva, de su boca.
D. Francisco Terza, de su boca.
D. Diego Osorio.
D. Jerónimo de Sandoval.
D. Francisco de Alarcón.
D. Pedro Muñoz de Otálora, caballerizo de la Reina, nuestra señora.
D. Nuño Pereira.
Ruy Díaz de Rojas.
D. Diego de Córdoba.
D. Diego de Oces, del hábito de Alcántara.
D. Pedro Enríquez, señor de Bricianos.
D. Luis Niño de Castro.
D. Francisco Zapata, caballerizo de su Majestad.
D. Eugenio de Zúñiga, del hábito de Santiago.
D. Gonzalo Guiral, del hábito de Santiago.
Domingo Doria, del hábito de Santiago.
D. García de Cotes, del hábito de Santiago.
D. Francisco de Villacís, del hábito de Santiago.
D. Luis Maza, alguacil mayor de la Chancillería de Granada.
D. Diego de Avellaneda, Corregidor de Atienza y Molina.
D. Jerónimo de Guevara.
D. Francisco de Mercado.
D. Francisco de Molina.
D. Antonio de Solís.

D. Francisco de Villacreces.
D. Felipe de Portillo Calderón.
D. Fernando Verdugo.
D. Francisco de Rivadeneyra.
D. Tomás de la Vega.
D. Francisco Mazo.
D. Baltasar de Paredes.
D. Francisco de Brizuela.
D. Pedro de Barros.
D. Luis de Castro.
D. Diego de Orduña.
Manuel Juárez de Treviño.
D. Miguel Vaca.

Regidores de Valladolid

D. Diego de Leiva, del hábito de Santiago.
D. Gonzalo de Villasante.
D. Francisco de los Ríos.
Pedro López de Arrieta (1).
D. Luis de Alcaraz.
D. Galván Boneseño.
D. Pedro de Arrieta.
D. Alonso López de Mella.
Antonio de Santiago.
Acacio Antolínez.
D. Diego Nuño de Valencia.
Francisco Vázquez.
Andrés de Castro.
D. Juan de Argüello.
D. Diego de Nebro.

---

(1) En el original, por error, *Arriete*.

Delante destos caballeros, iban cuarenta atabales y trompetas, de librea de las colores de la Ciudad, que son amarillo y colorado, y multitud de lacayos, asimismo vestidos; y como los caballeros eran tantos, y iban de dos en dos, hacían admirable vista, y llevaban delante un gran carro triunfal, fabricado con maravillosa arquitetura, que fué invención del secretario Tomás Gracian Dantisco, de cuyo ingenio para ello se valió la ciudad; muy adornado de excelentes pinturas, cubierto de tela delgada y oro, haciendo la sutileza dellas curiosísimo dibujo, con perfiles azules de finísimas cenizas, todo curiosamente pintado; y aunque secretamente ayudaban á llevar esta gran máquina más de cien hombres, le tiraban ocho mulas de dos en dos, cubiertas y enjaezadas conforme á la sinificación del auriga ó carretero que iba en cada una. Los primeros eran el Tiempo y la Fama; los segundos, la Tierra y el Agua; los terceros, el Aire y el Fuego; los últimos, el Día y la Noche; todos ocho vestidos y tocados muy ricamente, cada uno conforme á su propiedad. Iban en el tablado del carro las siete artes liberales y Apolo, cada una vestida en conformidad de su sinificación, y estos eran músicos muy diestros en todos instrumentos, como arpas, vihuelas de arco, cítaras y laúdes.

Carro triunfal de la máscara, con sus figuras y sus sinificaciones.

De la primera base deste gran carro subían unas gradas, y en la más alta iba la Ciudad de Valladolid, representada por una ninfa ricamente

vestida, que llevaba en la mano un gran escudo, en el cual iban retratados al olio el Rey y Reina, nuestros señores, y en medio el Príncipe recién nacido; encima estaba escrito el nombre de Dios en caracteres y lengua hebrea, echando las llamas y rayos que descendían alumbrando á los tres retratos, y debajo dellos, entre las llamas, que son las armas de Valladolid, un corazón con una letra que decía: *opus amoris,* mostrando ofrecer sus entrañas á su Rey. La figura que sinificaba Valladolid llevaba á sus lados á los condes Fernán González y D. Pedro Anzures, sus antiguos fundadores y gobernadores, armados á lo antiguo, con sus bastones de generales, y en ellas unas tarjetas con sus armas y nombres.

Arrimaba Valladolid las espaldas á una alta y cuadrada base, dentro de la cual iban cuatro músicos encubiertos, que con admirables voces, siendo bien oídas y entendidas, dieron á su Majestad la norabuena del nacimiento del Príncipe con un romance compuesto muy á propósito; y sobre esta base iba un globo grande que sinificaba el mundo, y dentro una estancia que con sus cuadraturas, grados y cosmografía, como se ven en un globo terrestre, y á las cuatro esquinas de la base y cuatro partes del globo iban Europa, Asia, Africa y la que erradamente llaman América, correspondiendo á la cosmografía de su juridición.

Sobre el globo iba una figura que representaba la Felicidad católica con la bandera de Constantino que llaman Lábaro, con el nombre de

Cristo con los caracteres griegos, como se vee en las medallas de Constantino, Teodosio y otros emperadores cristianos, y á los lados el Alfa y Omega, conforme á lo del *Apocalipsi* de San Juan.

En el testero del ámbito postrero del carro iban en medio, sobre una base, la pública Leticia, que era un mozo vestido á lo antiguo, que tocaba diestrísimamente un clarín, y presidía como maestro á ocho chirimías galanamente vestidos, que era la tercera música que llevaba el carro, con los versos siguientes:

Dicite io pariter, rursumque iterumque triumphe
Eu salit in ortu regis amore novi.

A los lados de la pública Leticia iban, de la una parte la Virtud, vestida como ninfa, y en la mano una espada ancha sin punta, y una letra que decía: *Omnia bona mea tua,* y de la otra iba el Honor con sus vestiduras romanas, coronado de laurel, con un escudo grande de las armas reales, con una letra que decía: *Dignus honore colo.* Cercaba todo el carro un cumplido rodapiés, pintado de excelentes pinturas y extremadas colores, y en sus lugares compartidas las figuras siguientes, de vara y media de largo cada una, al propósito del nacimiento del Príncipe, y entre figura y figura, escudos de armas de todos los reinos de las coronas de Castilla, León, Aragón y Portugal.

En la delantera del carro iba Mercurio, con su gálea, talares y caduceo, y en la basa sobre

que iba, decía: *Inclita nec civile inferior, domus Austria, gaude.*

Y enfrente de Mercurio, Juno Lucina, abogada de las paridas, vestida como reina, con cetro y pavón, respondía á Mercurio, acabando el déstico: *Et genitori et gnato euge, beata domus.*

Y alrededor del rodapiés iba siguiendo la Fortuna, pintada con un gobernalle de navío en la mano, como algunos la figuran; en su base decía: *Spondeo digna tuis ingentibus omnia caeptis.* Seguía la Felicidad con su cornucopia, y decía: *Talis Roma fuit quondam admirata triumpho;* y la Concordia la respondía, llevando un cetro, en que iban dos manos asidas: *Quales nunc urbis gratia pulcra refert.*

Tras ellas seguía la Fecundidad con su cornucopia, y unos niños, y en su pedestal decía: *Ex optatus adest princeps: asurgite, cives.*

Y la Clemencia con su ramo de oliva, respondía: *Clameí io populus, littus ioque sonet.*

Después iba la Paz con su ramo en una mano, y llevando una hacha encendida en la otra, abrasaba muchos despojos y armas de guerra, y en su base decía: *Spectata venis, o fidissima nostra.*

Era la que seguía la Edad, con la culebra en redondo, metida la cola en su boca, y decía: *Et videas filios filiorum tuorum pacem supernos.*

Era la última la Prudencia, con un mundo á los pies, y en la mano un cetro puesto sobre el mundo, y decía: *Egressus in salutem populi.*

Esta fué una invención agradable por la sustancia y por la vista, y admiraba ver la altura del

carro, que igualaba con las ventanas más altas, y la figura superior, que representaba la Felicidad, con el Lábaro ó bandera en la mano, era un muchacho, que iba puesto con tal artificio, que no padeció cansancio, aunque todos juzgaban que llevaba gran peligro de la vida.

Aviso que llegan navíos ingleses á la Coruña.

A 17 de Abril llegaron al puerto de la Coruña cuatro navíos, que en las banderas que traían se conocieron ser ingleses; los cuales, antes de dar fondo, hicieron salva, y se les respondió muy bien del castillo y de la ciudad. Salieron á tierra ocho ó diez caballeros, que dijeron ser del Almirante de Ingalaterra, y que allí venían criados y caballos suyos y parte de su recámara, y que el Almirante llegaría presto; y su furriel mayor dió á D. Luis Carrillo, Conde de Caracena, señor de Pinto, Capitán general del reino de Galicia y Presidente de aquella Audiencia, una carta del Conde de Villamediana, Embajador del Rey, nuestro señor, en Inglaterra, en que avisaba del viaje del Almirante; y el Conde mandó luego aposentar á todos los que habían llegado, y que se hiciese el aposento para el Almirante y para los que venían con él y una puente de madera, de cien pasos de largo, para más cómoda desembarcación. Convidó á comer á los caballeros que le pareció que era justo; y á los demás ordenó que se les diese cuanto hubiesen menester, y que se hiciese provisión conviniente para hospe-

dar al Almirante, y luego avisó de todo al Rey.

Almirante de Inglaterra llega á la Coruña.

Lunes 26 de Abril, en la tarde, entró en el puerto el Almirante de Inglaterra, con cuatro buenos galeones y un pataje, y su capitana y almiranta desarbolaron sus estandartes al de las armas Reales de Castilla y de León, que estaba en el castillo de San Antón; y la ciudad y el fuerte de Santa Cruz le hicieron salva, y la capitana y demás navíos ingleses respondieron con toda su artillería; y el Conde de Caracena, en una falúa bien adornada y equipada, fué á visitar al Almirante con su hermano D. Juan Pacheco y su hijo D. Luis y los capitanes y entretenidos de aquel presidio, y el Almirante le salió á recebir á la escala del navío, y porque era tarde no desembarcó, quedando acordado que el otro día lo haría; y á la despedida del Conde, todos los navíos hicieron salva, y aquella noche le invió un gran salmón y otros pescados, muchos empanados, pavos, perdices, frutas, confituras, pan fresco y vino regalado.

Otro día fueron D. Juan Pacheco y D. Luis Carrillo, hijo del Conde, á la capitana por el Almirante, y en la puente, que estaba con muchas banderolas de diversas colores, le recibió el Conde de Caracena, con el Audencia, capitanes y entretenidos, y al desembarcar, fueron grandes las salvas de la ciudad, del castillo y fuerte, y de la armada, y de la gente de guerra que estaba en la muralla. Llegando á la puente,

Almirante de Inglaterra desembarca en la Coruña.

pasaron grandes cortesías entre el Almirante y el Conde, y en particular dijo que había estimado esta ocasión por conocer á tal caballero y de tan gran opinión, y besar la mano á su Majestad, porque era antiguo criado de su padre. Encamináronse á la casa del Conde con mucha música de menestriles, que con el ruido de las cajas y trompetas parecía bien, yendo muy galanes todos los caballeros ingleses; y en la plaza estaba hecho un escuadrón de infantería, que en abatiendo las banderas diestramente, se abrió é hizo calle para que pasase el acompañamiento, y luego hizo su salva de mosquetería y arcabucería. Aposentado el Almirante en casa del Conde de Caracena, á la noche fué el sargento mayor á pedirle el nombre, y aunque hubo réplicas, le hubo de dar el Almirante; y la cena fué muy regalada y cumplida, con músicas de flautas y vihuelas de arco y otras, y cada día fué así; en la cual hubo pasados de setenta caballeros, y dijo el Almirante que vinieron tantos por la comodidad del pasaje, y que los ingleses son naturalmente tan amigos de ver, que si se detuviera, se despoblara Inglaterra, y después hubo otras dos mesas de toda la gente del Almirante, porque este gasto se hacía por orden de su Majestad. El día siguiente, el Almirante pidió licencia al Conde de Caracena para poner á la puerta de su aposento un escudo desus armas, y graciosamente lo tuvo por bien, debajo de las cuales había el letrero siguiente: «El

Escudo de armas que pone el Almirante de Inglaterra á la puerta del cuarto de su aposento.

Ilustrísimo Señor Don Carlos Hobard, Conde de Hontinghan, Barón Huibiard Delfinghan, gran Almirante de Ingalaterra, Irlanda, Normandía, Gascuña y Aquitania, Capitán general de todos los castillos y fortalezas marítimas y de las armadas de los dichos reinos, Justicia mayor de las florestas, cotos y parques de Inglaterra, Gobernador de las provincias de Susex y Surrey, Caballero de la Jarretiera y del Consejo Supremo, Embajador del Rey de la Gran Bretaña, Francia e Irlanda, Defensor de la Fe, a la Majestad de don Felipe III, rey de las Españas, año de 1605». Y otro día comió con él la Condesa de Caracena, que con modestia y gravedad de tan gran señora, regaló al Almirante, de que se tuvo por muy favorecido y honrado.

Llegó á la corte el aviso que quedaban en la Coruña los cuatro navíos de Inglaterra y que se aguardaba presto al Almirante, que venía con embajada al Rey, nuestro señor, y á recebir de su Majestad la ratificación del juramento del tratado de paces establecido entre estas dos coronas; y porque convenía que se le hiciese acogimiento igual á la honra y recibimiento que se hizo en Inglaterra cuando fué á este tratado Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, aunque por haberse entendido que el Almirante había de venir á desembarcar á Santander, se había mandado hacer provisión en aquella villa, su Majestad ordenó á D. Blasco de Aragón, Comendador de la Orden de San Juan y del

El Rey envía á don Blasco de Aragón á la Coruña.

consejo secreto de su Majestad en el estado de Milán, y capitán de una compañía de arcabuceros de infantería española, que fuese luego á visitar de su parte al Almirante y darle la bienvenida, porque, demás de ser caballero de prudencia y de experiencia, era conocido suyo, porque fué con el Condestable á Inglaterra; y le ordenó que no le dejase, sino que le viniese acompañando hasta esta corte; y mandó asimismo que Gaspar de Bullón, su aposentador mayor, como persona de diligencia y experiencia, partiese con todos los Oficiales de su Real casa, para que se hiciese la costa al Almirante y á todos los caballeros y gente que con él venía, haciendo al Almirante todo regalo y servicio, y á su gente buen tratamiento, usando en todo de liberalidad y abundancia; y tomando la orden del Marqués de Velada, mayordomo mayor de su Majestad, partió con más de mil cabalgaduras de silla y carga, y con mucha provisión de los regalos que faltan en Galicia y en la esterilidad de las montañas; y ordenóse también que fuesen el licenciado D. Juan Bermúdez y el licenciado Mosquera de Figueroa, como jueces de comisión, con alguaciles de corte, y otros ejecutores para hacer las provisiones y ordenar que á todo se acudiese con el recado que en los caminos es necesario.

Gaspar de Bullón, aposentador mayor, manda el Rey que vaya á la Coruña.

En este tiempo había sido la fiesta de San Jorge, que es la vocación de la orden de la Jarretiera, y el Almirante la solenizó en su cuarto con

un gran banquete que hizo á los de su compañía.

D. Blasco de Aragón lega á la Coruña.

Llegó D. Blasco de Aragón á la Coruña, hizo su visita al Almirante, dándole la bienvenida, mostrando gusto de que esta jornada le hubiese tocado á él; y este favor del Rey estimó el Almirante por grandísimo, é hizo grandes demostraciones de contento y de haberlo tenido por suma gracia; y regalándole siempre el Conde de Caracena y asistiéndole continuamente D. Blasco de Aragón, se pasaron algunos días hasta que llegó el aposentandor mayor Gaspar de Bullón, que viendo el Almiranle tanto aparato, y la gran liberalidad que el Rey mandaba usar con él, quedó admirado, y mucho más porque en muchas tierras estériles no faltaba ninguno de los regalos de la corte.

Estando para partir de la Coruña fué avisado D. Blasco que en aquella compañía se traían dos Biblias, traducidas en lengua castellana, impresas en Holanda; y habiéndolo dicho al Almirante, dijo al que las traía en particular, y á todos en general, que á cualquiera que supiese que traía libros prohibidos le haría entregar al santo oficio de la Santa Inquisición, y los amonestó que no

Amonestación del Almirante á su gente.

diesen ocasión á escándalo ni mal ejemplo en las cosas sagradas, porque de otra manera los haría castigar; y el que tenía las Biblias afirmó haberlas vuelto á los navíos. También dijo D. Blasco al Almirante que aguardándole en Santander, adon-

de fuera más regalado, no sabía cómo había ido á la Coruña; respondió que lo supo después de haber enviado delante los cuatro navíos, y que invió un bajel alcanzarlos, y no pudo; y que llegando allí con ánimo de irse todos á Santander, fueron tantos los regalos que le hizo el Conde de Caracena, diciendo que ya tenía hechas allí las provisiones, que se hubo de quedar; y después, por consejo de D. Blasco y para mayor comodidad de su embarcación á la vuelta, y de la propia armada, la mandó ir á Santander.

Armada inglesa va de la Coruña á Santander.

Salieron de la Coruña seiscientos ingleses y docientos criados del Rey que iban para este servicio; llegaron aquella noche á Betanzos, adonde se halló la posada del Almirante colgada de muy buenas tapicerías del Rey, puesta la primera mesa para comer setenta personas, la cabecera debajo de un dosel, con alguna diferencia, porque se ponía un bufete para el Almirante y algunos pocos, y á la postre hacía la mesa una vuelta, á manera de refitorio donde se sentaban con tanta orden, que ninguno tomaba el lugar del otro.

En la ciudad de Lugo, el Obispo D. Juan García tenía con muy buen ánimo hecho muy grande apercibimiento para hospedar al Almirante y cuantos venían en aquella compañía; y porque no pareció á D. Blasco de Aragón que convenía, se tuvo por muy satisfecho de que se le recibiese en presente todo lo que tenía proveído; y porque la jornada era larga hasta Villafranca,

se hubo de comer en el puerto de Cebreros, adonde el licenciado D. Juan Bermúdez ordenó que se hiciesen ramadas tan acomodadas y con tanto artificio, que parecían regalados aposentos, y los criados de su Majestad fueron tan deligentes, que cuando el Almirante se apeaba, estaba la comida en la mesa. Allí está un priorato de la Orden de San Benito, y muchos ingleses fueron á ver un exquisito milagro del Santísimo Sacramento, unos por curiosidad y otros por devoción, porque visiblemente, por la divina misericordia, se apareció el vino vuelto en sangre, y la hostia en carne, y los que se edificaron con tan gran milagro mostraron devoción exquisita. Desde Villafranca se comenzó á caminar en coches, y por Astorga, Benavente y Villagarcía se salió á Simancas, y D. Blasco se adelantó á Valladolid á dar cuenta de la jornada, y saber el día que se había de entrar y por dónde.

Entrada del Cardenal de Toledo, á XXV de Mayo, en Valladolid.

Y porque su Majestad (como era razón), quería celebrar el bautismo del Príncipe, nuestro señor, con la decencia y autoridad conveniente á su grandeza, para que correspondiese con la alegría universal que por esta gracia tan particular de Dios se ha recibido en todos sus reinos y estados, mandó llamar á D. Bernardo de Sandoval, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Cardenal de Santa Sabina, de su Consejo de Estado,

porque en estos reinos no se halla persona de tan gran dignidad ni á quien más justamente se pudiese cometer tal acción. Y obedeciendo el Cardenal al mandamiento de su Majestad, á 25 de Mayo llegó al monasterio de los carmelitas descalzos, fuera de Valladolid, y en el punto que se supo, salieron á visitarle y darle la bienvenida el Duque de Cea con todos los señores y caballeros de la corte, y el mismo día en la tarde se entró en la ciudad. Y porque quiso entrar en coche, se vinieron y entraron con el Cardenal solamente los Duques del Infantado y de Cea. Traía muchos pajes con sotanas de terciopelo carmesí, los lacayos vestidos de grana, el coche con dos cocheros con sayos húngaros de terciopelo carmesí, las mulas y hacas de diestro, con gualdrapas de terciopelo, y ellas y las guarniciones con franjas de oro, y los lacayos y mozos de caballos que las traían, de librea de grana; la silla, que llevaban cuatro mozos, también era de carmesí, y las literas; la multitud de prebendados de la iglesia de Toledo, sus criados eclesiásticos y seglares, era grandísima. En fin, este gran Príncipe entró como tal y como quien venía llamado para tal solenidad, mostrando que su ánimo generoso cuadra con su dignidad, con su sangre y con sus obras. Fué á posar con el Duque de Lerma.

Entrada en Valladolid del Almirante de Inglaterra, á 26 de Mayo.

Habiendo el Almirante de Inglaterra llegado á Simancas, D. Pedro de Zúñiga, á quien el Rey tenía nombrado por su embajador en Inglaterra, salió por la posta á recebirle y visitarle, aunque no como embajador ni de parte del Rey, con cuatro ó seis caballeros, para conocerle y que le conociese, como persona que con él había de ir á residir en su embajada. Y su Majestad mandó al Condestable que se hiciese el recebimiento (y) el día que entró en Valladolid, que fué jueves, á 26 de Mayo, habiendo entrado por la mañana su recámara, que eran muchas acémilas con reposteros bordados, algunos de seda y algunos de paño, muy vistosos, con grande acompañamiento de criados bien vestidos y con buena orden, y con sus trompetas delante, que parecían bien. Y sabiendo la hora que el Condestable había de salir, acudieron á su casa infinitos señores y caballeros tan galanes y en tan hermosos caballos, todos de camino, que fué uno de los mejores espectáculos que se han visto en esta gran corte; porque, según la cuenta que se pudo hacer, eran más de docientos, con ricos cintillos y plumas de diamantes y otros aderezos. Y cuando don Blasco de Aragón avisó al Condestable que era tiempo, salió de su casa; y estando ya gran rato

El Condestable sale al recibimiento del Almirante de Inglaterra, con la nobleza de la corte.

fuera de la puerta del Campo, llegó el Almirante, para el cual, y para los señores y caballeros, se tenían caballos en que entrasen. El Condestable le recibió con mucha cortesía, y también le dieron la bienvenida los duques de Sessa, del Infantado, de Cea y Alba, D. Juan de Idiáquez, Comendador mayor de León, el Almirante de Aragón y los condes de Salinas, Altamira, D. Luis Enríquez, Nieva, Medellín, Barajas, Villalonga, Casarrubios, Paredes, Arcos, Puñonrostro, Villanueva, Aguilar, Coruña y toda la nobleza, diciendo el Condestable quién era cada uno, y el Almirante conoció á algunos, en especial al Duque de Pastrana, por nieto del Príncipe Ruigómez de Silva, á quien conoció en Inglaterra, y fué su amigo y del Marqués de las Navas, abuelo de D. Enrique de Guzmán, de quien dijo que fué gran servidor, y á otros. También llegaron al Condestable los señores y caballeros ingleses, y comenzando á caminar, tomaron en medio al Almirante el Condestable y el Duque de Cea, los Duques del Infantado y Sessa al Embajador ordinario, y otros señores acompañaban á los señores y caballeros ingleses, los cuales, á su usanza, venían muy bien y muy ricamente aderezados; y el Almirante traía sombrero con plumas y cintillo de diamantes, herreruelo de grana con pasamanos de oro, casaca y

Caballeros ingleses vienen galanes á su usanza.

Caballeros ingleses vienen galanes á su usanza (1).

(1) Así, repetido, en el original.

calzas naranjadas y coleto de ámbar. Es hombre de gran cuerpo, bien proporcionado, cano, que mostraba ser de más de setenta años, rostro grave, y que con él y su persona representaba autoridad y grandeza. Y todos los demás caballeros representaban lo que son por sus buenos pareceres y gentiles talles. El número de gentileshombres y criados, vestidos de diversas libreas, era mucho y lucido en gran manera, y luciera más en aquel hermoso espacio de la puerta del Campo y por la ciudad, por la infinidad de gente que salió á este gran recibimiento, si no lo enturbiara una lluvia tan grande, recia é importuna, que en muchos días tal no se había visto, pues por cosa notable se puede decir que en parte del año pasado y en el presente se pasaron en España siete meses sin llover en las más provincias della.

Gran sequedad en España.

Desde la puerta del Campo se fué á Santa Cruz por la posada del Duque del Infantado, adonde estaban muchas grandes señoras, y camino derecho se fué á la Corredera y se pasó por delante de palacio, y sus Majestades miraban el acompañamiento por las vidrieras, y las damas desde las ventanas. Era su posada en las casas del Conde de Salinas, las cuales estaban adrezadas con muchas tapicerías del Rey, de oro y seda, y muchas camas de seda y doseles, porque en ella habían de posar, con el Almirante, el Conde de Pert, sus hijos, yerno y sobrinos, y un hijo del Conde de Sufolc y otros caballeros. Llegado el Almirante á su posada, se apearon todos los

grandes y subieron con él arriba, aunque los suplicó é importunó mucho que no lo hiciesen, y se quedaron D. Blasco de Aragón para tenelle compañía, y Gaspar de Bullón para lo que tocaba á su tratamiento; y dende

El Rey envía á visitar al Almirante con el Conde de Barajas.

á una hora su Majestad envió al Conde de Barajas, su mayordomo, á dar al Almirante la bienvenida y á decille lo que había holgado que hubiese llegado con salud, y la Reina, nuestra señora, envió al Conde de los Arcos, su mayordomo, al mismo efeto, y también envió el Príncipe de Piamonte y su hermano; y el Almirante supo bien encarecer la merced que recibía con

La Reina envía al Conde de los Arcos á visitar al Almirante.

este favor. Otro día le fué á visitar el Duque de Lerma, el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y los duques del Infantado, Alba, Cea, Conde de Lemos, y (de) los mayordomos y caballeros de la cámara. Salió el Almirante á recebir al Duque hasta la escalera, y habiendo durado la visita gran rato, con muchos comedimientos y cortesías de ambas partes, el Al-

Duque de Lerma visita al Almirante.

mirante quiso ir hasta poner al Duque de Lerma en su coche. Luego le visitó el Cardenal de Toledo, y comenzaron las visitas de los grandes y de los Condes de Olivares, Chinchón y D. Juan de Idiáquez y otros del Consejo de Estado, y de muchos señores, y asimismo los embajadores.

El sábado, 28 de Mayo, por la mañana, porque el domingo adelante había de ser el bautis-

mo del Príncipe, nuestro señor, entraron en palacio en ordenanza, con cajas y pífaros, las guardas española y alemana, con la librea nueva de su Majestad, de los colores que trajo su padre, y la guarda de los archeros que para este caso estaba hecha. Y porque también se vistieron los pajes de su Majestad y todos los oficiales de la caballeriza á quien se suele dar librea, estando juntos en la casa de los pajes también aquellos que no visten librea, que son veedor, contador, picadores, armero mayor y reyes de armas, maceros, furriel mayor y todos los demás oficios, llegó el Duque de Lerma, caballerizo mayor de su Majestad, con sus pajes y lacayos vestidos de la misma librea, que es preeminencia de su oficio, y poniéndose á caballo, pasaron primero sus lacayos y luego los del Rey, y rodeado de todos los oficiales que no visten librea, le seguían detrás los menestriles, trompetas y atabales, cocheros y todos los mozos, y con este real acompañamiento dió una vuelta por la ciudad. Y pasando por la puerta del Almirante de Inglaterra, al cual y á sus caballeros se representó bien con este acto la grandeza deste Rey, entró en palacio, viéndolo su Majestad de una ventana. Iba el Duque de Lerma en un gran caballo napolitano, que, como se pone bien y tiene presencia y talle de gran señor, no le faltó nada para hacer suficiente demostración y representación de tan gran cargo.

El caballerizo mayor entra en palacio como tal.

Este mesmo día en la tarde pareció que era

Almirante de Inglaterra va á la primera audiencia del Rey.

bien que el Almirante de Inglaterra fuese á la audiencia y visita de sus Majestades. Fué á su casa el Condestable de Castilla en un rico coche, llevando consigo á cinco ó seis señores, y en los coches del Rey fueron el Almirante, el Condestable y todos los señores y caballeros ingleses. Estaban en palacio las guardas en orden, y por los aposentos todos los criados del Rey, gentileshombres de la boca y de la casa, y su Majestad en la sala, sentado debajo de un riquísimo dosel, acompañado de los grandes, del mayordomo mayor, mayordomos y caballeros de la cámara, y de muchos señores titulados. Entró el Almirante con el Condestable, acompañándole los mayordomos de su Majestad, que salieron al corredor á recebirle, haciendo grandes reverencias, porque en el punto de cortesía ninguna cosa le faltaba. Su Majestad se levantó y le quitó la gorra, y hincando el Almirante la rodilla, le echó los brazos, y levantándose, le pusieron una silla rasa de terciopelo carmesí, y le mandó dos veces sentar; y mediante un intérprete que traía, que estaba con la rodilla en tierra, habiendo dicho algunas palabras acerca de su venida, dió á su Majestad una carta, besándola y poniéndola sobre su cabeza con gran humildad y acatamiento. Su Majestad con semblante grave y amoroso la recibió, y hizo algunas preguntas acerca de la salud de los Reyes de Inglaterra, de sus hijos y otras cosas, porque duró buen rato. Y últimamente, el Almirante se levantó y pidió licencia á su Majes-

tad para que el Conde de Pert, sus hijos y su yerno, sus sobrinos y otros caballeros, besasen á su Majestad sus reales manos, y ellos lo hicieron con muy buen donaire y reverencia, y el Rey los recibió con mucha gracia, diciendo el Almirante quién era cada uno. De ahí á algunos días, un caballero, de parte del Rey de Inglaterra, presentó á su Majestad arcabuces y ballestas, y perros, y seis hacas inglesas maravillosas, ricamente guarnecidas con gualdrapas de terciopelo de la más rica bordadura y chapería que se ha visto.

Presente del Rey de Inglaterra al Rey N. S.

Almirante besa la mano á la Reina nuestra señora.

Despedido el Almirante de su Majestad, que se levantó de la silla y le quitó la gorra, el Condestable y los que con él habían venido, acompañándole los dos mayordomos de su Majestad, fué al cuarto de la Reina, nuestra señora, adonde le salieron á recibir sus mayordomos. Su Majestad le aguardó en pie con su hija y con muchas señoras de la corte y sus damas. Llegó á pedir á su Majestad y Alteza la mano con gran respeto y sumisión, y mediante el intérprete (aunque entiende bien la lengua castellana y la habla medianamente), dió á su Majestad grandes recaudos de la Reina de Inglaterra, á todo lo cual respondió la Reina, nuestra señora. Y acabado el razonamiento, llegaron, habiendo para ello pedido el Almirante licencia, á besalla la mano los caballeros ingleses, y con esto se partió el Almirante, mostrando gran satisfación de la gracia del Rey y de su bueno y agradable

término, diciendo que con majestad y discreción representaba el autoridad Real, y pareciéndole que la benignidad y serenidad de la Reina, nuestra señora, hacían tal conformidad, que Dios, nuestro señor, se echaba bien de ver que había hecho tal conjunción. Y porque el día siguiente, que era el de Pascua de Espíritu Santo, su Majestad había resuelto que se celebrase el bautismo del Príncipe, nuestro señor, dijo D. Blasco de Aragón al Almirante que por la mañana se había de celebrar una procesión de la Orden de Santo Domingo, en que su Majestad había de intervenir, y por la tarde el batismo del Príncipe, nuestro señor, en el cual holgaría de saber si quería asistir; y porque, después de haberse tratado, se hallaron dificultades, se dió la orden que adelante se dirá. Y teniéndolo el Almirante por sumo favor, acetó la merced, hallándose muy contento del regalo y tratamiento que se le hacía con tanta esplendideza y liberalidad, en que el aposentador mayor Gaspar de Bullón usaba gran diligencia, pues á nadie se negaba abundantísimamente lo que pedía.

Muerte de León XI.

Y en esta ocasión, llegó el aviso de la muerte del Pontífice León XI, que fué miércoles, á 27 de Abril, á las diez de la mañana.

Lo sucedido en la procesión del Capitulo general de la Orden de Santo Domingo.

Fray Jerónimo Javier, Maestro general de la Orden de Santo Domingo, convocó capítulo ge-

neral para celebrar en Valladolid el día de la fiesta de Pentecostés; y habiendo acudido los difinidores y vocales de todas las partes de la cristiandad, se dió principio el día referido, por la mañana, con una procesión, que salió del monasterio de San Pablo á la Iglesia Mayor, en la cual intervinieron seiscientos religiosos solamente de la dicha Orden; y el Rey, por la devoción que á ella tenía, la quiso honrar con el asistencia de su Real persona; y yendo á su acostumbrado lugar, iba á su mano derecha el Cardenal de Sandoval, Arzobispo de Toledo, de su Consejo de Estado; á la mano izquierda el Príncipe de Piamonte, y delante, como en dos coros bien abiertos, de manera que en la distancia entre el preste, que era el Padre Maestro general, y su Majestad, no iba nadie, en el coro de la mano derecha, iban Filiberto Manuel, gran Prior de Castilla, hermano del Príncipe de Piamonte; el Duque del Infantado, del Consejo de Estado; el Duque de Alba, Condestable de Navarra, caballero de la Orden del Tusón, con el collar grande; el Conde de Alba de Lista y el Duque de Pastrana; y en el coro de mano izquierda iban el Duque de Lerma, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado; el Condestable de Castilla, del Consejo de Estado, Presidente del Consejo de Italia; el Duque de Sesa, del Consejo de Estado, mayordomo mayor de la Reina, nuestra señora; el Conde de Lemos, Presidente del Consejo de Indias, y D. Felipe, Príncipe de Marruecos; y á la vuelta

Grandes que iban con el Rey.

el Duque de Cea. Iban detrás de su Majestad, Juan Quebeliner, Conde de Franchemburg, caballero de la Orden del Tusón, con el collar grande, del Consejo de Estado del Emperador y su Embajador, y Esmeri de Barraut, Barón de Denasque, Vicealmirante de la Garona, Senescal da Bassador, capitán de gente de armas, del Consejo de Estado del Rey Cristianísimo, y su Embajador, con capa y gorra castellana, bordado el vestido de seda negra, muy rico, y con muchos airones en la gorra; y Francisco Priuli, embajador de la república de Venecia; y el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey y de su Consejo de Estado, y los caballeros de la cámara; y el Marqués de Falces, capitán de la guarda de los archeros, y con ellos tres señores ingleses- que el uno era el Conde de Pert, pariente del Rey de Inglaterra, y el otro D. Tomás, hijo del Conde de Sufolc.

Delante de su Majestad iban el Conde don Luis Enríquez de Almanza, los Condes de Orgaz, Nieva, Medellín y Barajas, mayordomos de su Majestad, con sus bastones, ordenando lo que convenía en el buen regimiento de la procesión. En lo tocante á lo seglar, iban delante infinitos señores de título y caballeros de la casa real y cortesanos, los cuales, y los grandes, y todos, como estaba este sagrado día dedicado para el baptismo del Príncipe, nuestro señor, con la ocasión desta procesión, salieron infinitas y costosas libreas, cuya vista, y las galas de los grandes señores y caballeros, parecieron tan hermosas, que

no se puede encarecer. En las casas del Conde de Rivadavia, que están junto á San Pablo, en una gran ventana que está en la esquina de las

Almirante de Inglaterra, adonde vee la procesión.

dos calles, estaba el Almirante de Inglaterra, con la gorra en la mano y un capotillo con muchos botones de diamantes, casaca guarnecida de la misma manera, y el collar grande de la Orden de la Jarretiera, y con él, por orden de su Majestad, D. Blasco de Aragón, que le decía quién era cada uno de los que pasaban; y cuando llegó cerca su Majestad, le hizo una gran reverencia, y su Majestad con gran demostración de buena voluntad le quitó la gorra. Y comenzando de la procesión, iba en unas andas un pedazo de la Santa reliquia de *Lignum Crucis,* en una hermosa cruz de cristal, debajo de un palio, cuyas varas llevaban el Corregidor y el Regimiento de la ciudad, y detrás de las andas iba D. Alvaro de Carvajal, capellán mayor, ordenando lo necesario, porque delante iba la Capilla

Capilla real muy excelente y de escogidas voces.

Real, la más perfeta de voces y más numerosa que tiene príncipe en el mundo. Iba en andas una devota imagen de Nuestra Señora, y más adelante, también en andas, el bienaventurado Santo Domingo, y delante del guión el Santo Oficio con sus comisarios y familiares, y más adelante muchos pendones y cofradías con gran copia de cera.

En la plazuela del Almirante salió á recebir en procesión la Orden de San Francisco, con

particular devoción, con su ministro general. En la Iglesia Mayor se dijo una misa solemne, oficiada por la Capilla Real, y allí estaban en sus bancos los capellanes y predicadores de su Majestad. Predicó muy doctamente el padre maestro Romero, Provincial de Andalucía, y acabada la misa, volvió su Majestad en la procesión por la misma orden, cerca de las tres de la tarde, y en el mismo lugar estaba el Almirante de Inglaterra, y muchos caballeros y gentileshombres ingleses en las mismas ventanas de la misma casa, y otros anduvieron por la procesión con mucha reverencia y compostura; y con haberse detenido tanto su Majestad en volver, le quiso aguardar el Almirante de Inglaterra; y porque al pasar le hizo gran acatamiento á su Majestad, también le quitó la gorra, diciendo que le agradaba tanto la persona de su Majestad y representaba tanta majestad real, que por verle le hubiera aguardado muchas horas.

El baptismo felicísimo del Príncipe, nuestro señor, en la Iglesia de San Pablo, de Valladolid, á 28 de Mayo (1).

Estando proveídas muchas cosas, para dar este sagrado sacramento al mayor Príncipe del mundo, y resueltas muchas dificultades, siendo llegada la hora, el Cardenal Arzobispo de Toledo se fué á la Iglesia de San Pablo, en cuya ca-

(1) Ya se ha dicho en el prólogo que esto es un error.

pilla mayor, y en medio della, estaba una gran tarima cuadrada, alta, con tres gradas cubiertas de alombras, y en medio la pila de piedra en que fué baptizado el bienaventurado Santo Domingo, que se trujo para este efeto de Caleruega, adonde estaba, por el favor que con Dios podía recebir este Príncipe mediante la intercesión de tan gran santo. Estaba la pila cubierta con un gran cielo de brocado, con sus goteras sobre cuatro colunas altas de plata en las cuatro esquinas de la tarima. Entendió luego el Cardenal, con estola y su ordinario hábito, en bendecir el agua de la pila, ayudando los capellanes del Rey; y á un lado, y más abajo de la tarima, estaba una cama armada con cortinas, adonde habían de recoger al Príncipe, nuestro señor, para desenvolverle y envolverle, y junto á ella muchas alombras, que era el lugar de las señoras y damas que estaban convidadas y habían de ir en el acompañamiento. Al otro lado estaba un gran dosel, adonde se habían de poner las cosas competentes á la ceremonia, y el Cardenal tuvo en la capilla dos doseles, el uno sobre la credencia, con cruz, mitra y ornamentos y mucha plata, y el otro sobre su asiento, para vestirse. Y para más honrar y autorizar este acto, ordenó su Majestad á Antonio Boto, su guardajoyas, que en el altar mayor pusiese un rico frontal bordado de muy gruesas perlas, y la flor de lis de oro, adonde está el santísimo clavo de la cruz de nuestro Redemptor, y un Cristo y cruz del santo palo de la

El Cardenal de Toledo bendice el agua del baptismo.

cruz, hecho por mano de San Jerónimo, y dos rajas que sobraron de la hechura, y un pedazo del manto de la Virgen, Nuestra Señora.

La iglesia estaba colgada con ricos paños de Arrás, de seda y oro, del Apocalipsi, y otros, y un palenque, á modo de calle, desde la puerta de la iglesia hasta la capilla mayor, por que la gente no embarazase, que era mucha.

Estando, pues, todo á punto, su Majestad declaró que era su real voluntad que fuesen padrinos Victorio, Príncipe de Piamonte, su sobrino, y la señora Infanta D.ª Ana, y que llevase al Príncipe el Duque de Lerma, su sumiller de corps. Vestido el Cardenal de pontifical, le asistieron: D. Alonso Manrique, Arzobispo de Burgos; D. Juan Bautista de Acevedo, Obispo de Valladolid, Inquisidor general; D. Pedro de Castro, Obispo de Segovia; Don Antonio de Cáceres, Obispo de Astorga; D. Enrique Enríquez, Obispo de Osma, del Consejo de su Majestad, que para esta asistencia fueron llamados. Estuvieron esperando para que se les avisase del punto que habían de acudir á su puesto; y habiendo entrado en palacio por la puerta de las casas que eran del Conde de Miranda, todos los Consejos, fueron pasando por las salas hasta la galería, que todo estaba colgado de riquísimas tapicerías de oro y seda, y el suelo esterado de blanquísimas esteras de palma, y la escalera cubierta de finas alombras, la techumbre y pilares della de brocados, y pa-

Príncipe de Saboya y la señora infanta padrinos en el baptimo.

El Duque de Lerma lleva al Príncipe.

sando para la galería, iban los Consejos bajando por aquella espaciosa escalera de en uno en uno, con la acostumbrada majestad, y entrando en San Pablo, tomaron su lugar en la capilla, porque se halló que habían asistido al baptismo del Príncipe D. Fernando, hermano de su Majestad, y así era conveniente que asistiesen al de su Alteza, como Príncipe primogénito.

Los Consejos asisten al baptismo del Príncipe.

El Almirante de Inglaterra estaba en la misma ventana de la casas del Conde de Rivadavia, adonde había estado cuando pasó la procesión, desde donde vía de cara todos los que bajaban de palacio, y vió el acompañamiento, y para ver el baptismo se fué por la puerta falsa de la casa del Conde de Rivadavia al colegio de San Gregorio, desde donde pasó á San Pablo y subió á una tribunilla que está dentro de la capilla mayor, admirándose de la grandeza deste día; y no asistieron embajadores de Príncipes en este acto, porque no se halló haber tenido lugar otras veces. Cuando el Mayordomo mayor dijo que era hora, los grandes tomaron seis fuentes con las cosas que para el baptismo se habían de llevar, que eran: mazapán, vela, capillo, salero y aguamanil, y toballa; que fueron: D. Beltrán de la Cueva, Duque de Alburquerque; Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla; D. Juan Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado; D. Antonio Alvarez de Toledo y Beaumonte, Duque de Alba; D. Antonio Enríquez de Toledo,

Grandes que llevan las fuentes.

Conde de Alba de Lista; Ruigomez de Silva, Duque de Pastrana; y comenzando á caminar la caballería, que era infinita, salió el Duque de Lerma, con el Príncipe en los brazos, en un gran tafetán blanco anudado al cuello, en que iba su Alteza, y el Duque vestido de blanco, sin gorra, con una ropa francesa, con los braones enroscados de brocado, aforrada en tela de plata, guarnecida con grandes franjones de oro. Delante de los grandes iban los mayordomos del Rey, que eran los condes D. Luis Enríquez de Almanza, de Orgaz, Nieva, Medellín y Barajas; y los de la Reina, nuestra señora, que eran Ruy Mendez de Vasconcelos, los condes de Casarrubios y de los Arcos, y el Conde de Altamira, su caballerizo mayor, y luego en su lugar los reyes de armas y maceros. Iba detrás de su Alteza, la señora Infanta en una silla, que llevaban criados de la Reina, nuestra señora, y á su lado D. Antonio de Cardona y Córdoba, Duque de Sessa, mayordomo mayor de la Reina, nuestra señora, y delante de su Alteza el padrino, que era el Príncipe de Piamonte, y al otro lado su hermano el gran Prior de Castilla.

El Duque de Lerma muestra el Príncipe al pueblo.

Cuando el Duque de Lerma iba pasando por las ventanas de la galeria y bajando por las escaleras, con advertencia iba alzando al Príncipe y mostrándole al pueblo, con que recibió tanto contento, que cada vez se levantaba una grandísima y alegre grita, diciendo todos á voces: ¡Dios te guarde!

A su alteza seguía su aya, que es D.ª Leonor de Sandoval, Condesa de Altamira, y luego la Condesa de Miranda, la Duquesa de Cea, Condesa de Lemos, Duquesa de Frías, Duquesa del Infantado, Duquesa de Sesa, y Duquesa de Alba, las condesas de Niebla, Rivadavia, Puñonrostro, Paredes y Villalonga, con muchas otras señoras y las damas de la Reina, nuestra señora. A unas llevaban meninos las faldas, otras se las llevaban ellas por mayor bizarría; las señoras daban las manos á grandes caballeros y señores; á las damas iban acompañando galanes por la galería que, como se ha dicho, va de las casas que eran del Conde de Miranda, que es muy larga y de mucho ventanaje; y por las escaleras era de ver este real acompañamiento de los mayores que en el mundo se puede ver, y porque el número de capas y de vestidos bordados de varios colores y labores, de señoras y de caballeros, la multitud de plumas, joyas y cadenas, botones en vestidos y gorras, era cosa inestimable. Estaban los Reyes, y con ellos, para ver pasar el acompañamiento, el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y el Duque de Cea, en una ventana con gelosía, al cabo de la galería y en el principio de la gran escalera que bajaba á San Pablo, y después se pasaron al balcón de la capilla mayor de San Pablo, para ver el baptismo.

El Rey y la Reina ven pasar el acompañamiento.

Cuando llegó el Príncipe, nuestro señor, a la puerta de la iglesia, llegaba, vestido de pontifical, con su guión delante, y con los arzobispos y obis-

pos, también de pontifical, el Cardenal de Toledo, metropolitano deste obispado de Valladolid, y D. Alvaro de Carvajal, capellán mayor del Rey, nuestro señor, y su limosnero mayor y de la Reina, nuestra señora, y D. Bernardo de Rojas y Sandoval, sumiller de las cortinas del Rey, y el padre maestro fray Diego de Mardones, confesor del Rey, nuestro señor, y el padre Ricardo Aller, confesor de la Reina, nuestra señora, y los capellanes de su Majestad, con sobrepellices, llevando delante la cruz de la capilla. En todo este tiempo era grande el estruendo de atabales, trompetas y menestriles, que estaban en diversos puestos de la plaza de Palacio. Llegado su Alteza a la puerta de la iglesia, luego el Cardenal con majestad de prelado de tanta grandeza, y como muy versado en lo perteneciente a su dignidad, hizo el oficio, habiendo entre tanto muchas músicas en diversos coros que el capellán mayor había ordenado; porque se llevó el órgano de palacio, y los menestriles tocaron con bajones, sacabuches y cornetas.

Llega su Alteza a la puerta de San Pablo.

Acabada la solemnidad de la puerta de la iglesia, se comenzó a caminar la vuelta de la capilla mayor, llevando siempre el padrino al Príncipe, nuestro señor, en los brazos, y en llegando a la capilla mayor, los grandes pusieron las fuentes en una mesa que estaba cubierta con un paño de tela de oro. La Condesa de Altamira recibió al Príncipe y le desenvolvió en las cortinas, y le dió al padrino; y descubriendo D. Alvaro de Carvajal la pila, que lo estaba con un tafetán,

el Cardenal comenzó a ministrar el sacramento, asistiendo los obispos y sirviendo los capellanes de su Majestad, porque ya estaba asentado que ellos lo han de hacer, y no prebendados de la iglesia de Toledo (como siempre han pretendido); y así tuvo las crismeras el dotor Gamarra, cura de palacio, y la vela D. García Sarmiento de Acuña, capellán de su Majestad, de cuya mano la tomó el capellán mayor, y la dió al Cardenal, que la puso en la mano a su Alteza, y luego con una pieza de plata dorada dió el agua, tomándola de la pila; porque se hizo el baptismo por aspersión, como se acostumbra. Pusieronle por nombre *Felipe*, por la gloriosa memoria del agüelo, Rey Católico; *Dominico*, por la buena dicha que justisimamente se puede esperar que tendrá mediante la intercesión de tan gran santo y castellano como Santo Domingo, pues ha merecido recebir este santo sacramento en la pila donde tantos años há que fué bautizado tan principal lucero de la cristiandad, y *Víctor*, por el santo mártir Tebeo, cuyo cuerpo está en el monesterio real de las Descalzas de Madrid, al cual su Majestad tiene devoción, y se le había hecho particular oración por este buen suceso.

Nombres que ponen al Príncipe y por qué causa.

Acabada la solemnidad, cantó el *Te Deum laudamus* la Capilla con su acostumbrada destreza y excelencia, y se volvió por el mismo camino y orden, habiendo pasado todo con gran silencio y majestad, sin que en ninguna cosa sucediese inadvertencia, falta ni desorden; por lo cual todos

han confesado que en el gobierno de todo, en el número de tantos príncipes, señores, títulos y caballeros, variedad de vestidos bordados, galas y riquezas de joyas, ha sido este acto de mayor majestad y grandeza que jamás se ha visto ni puede ver en corte de ningun príncipe del mundo.

Sale a misa la Reina, nuestra señora.

Martes, último día de Mayo, salió la Reina a misa a Nuestra Señora de San Llorente. El Duque de Lerma sacó al Príncipe, nuestro señor, en brazos, y el Duque del Infantado a la señora Infanta, que con ellos iban delante de los Reyes, y detrás de ellos el Marqués de Velada, mayordomo mayor del Rey, y D.ª Catalina de Zúñiga y Sandoval, Condesa de Lemos, camarera mayor de la Reina, y luego las dueñas de honor y damas. Delante los grandes y toda la nobleza de la Corte fué la Reina, nuestra señora, en una riquísima carroza toda de oro y brocado, y seis caballos de pelo de rata, con las guarniciones de la misma manera, y con su majestad iba la señora Infanta, y el Rey a caballo cabe la carroza, vestido de blanco; detrás iba una litera de la misma riqueza y guarnición del coche, donde iba la Condesa de Altamira, que llevaba al Príncipe, y a su lado, a caballo, el Duque de Lerma, su hermano. El Príncipe de Piamonte, el gran Prior y los grandes titulados y toda la nobleza iban delante del Rey, a cuyo estribo iba el Conde de Gelves, haciendo oficio de primer caballerizo, y delante los caballerizos,

pajes y oficiales de la real caballeriza, a pie, que son infinitos, y vellos con el silencio y acatamiento con que van a pie, denotaba bien la majestad de tan gran monarca. Los coches de las damas eran muchos, y todos nuevos, guarnecidos de terciopelo carmesí, con muchos caballeros que las iban sirviendo y acompañando: causó grandísima admiración, ver tanto número de joyas, vestidos y galas, diferentes de los otros días. Ya que llegaban sus Majestades y Altezas a la puerta, salió el Cardenal, con su guión y con su proprio hábito, a recebillos, y llegada la Reina, nuestra señora, a la iglesia, salió D. Alonso Manrique, Arzobispo de Burgos, de pontifical, acompañado de los obispos de Astorga, Segovia y Osma, sin pontifical, y del Capellán mayor y capellanes. El cual, habiendo tomado la Reina, nuestra señora, al Príncipe en brazos, de mano de su aya, la dió una vela de cera blanca, con un doblón de a diez en ella, y después de haber hecho las acostumbradas ceremonias, entraron en la iglesia, tomando el Duque de Lerma al Príncipe, nuestro señor, y el Duque del Infantado llevó a la señora Infanta, que se puso con su madre en las cortinas, y el Duque de Lerma puso al Príncipe en brazos de la Condesa de Altamira, que, como se ha dicho, es la aya. El Arzobispo dijo la misa de pontifical, diciendo la confesión al Rey el Cardenal de Toledo, y la ofició la Capilla Real, y acabado, se volvieron sus Majestades a palacio con el mismo acompañamiento. El Almirante de Inglaterra, diciendo que tendría por gran favor ver la cerimonia deste

El Almirante de Inglaterra ve el acompañamiento de sus majestades.

dia, le llevó D. Blasco de Aragón, por orden del Duque de Lerma, y estuvo a la entrada de la Iglesia, detrás de una celosía, sin ser visto, y después le llevó D. Blasco a los corredores de la iglesia de la Cruz, que es en la Platería, desde donde vió volver este real acompañamiento; quedando el Almirante admirado de tanta riqueza y grandeza, confesando esta y muchas veces que los reyes de Francia y de Inglaterra juntos no la podían igualar.

Convite del Condestable al Almirante de Inglaterra.

Este día, por mostrar el Condestable de Castilla la gratitud del buen acogimiento que le hicieron en Inglaterra, y que méritamente está en en su persona el grado que tiene, y que su ánimo generoso es para cosas grandes, después de haber visto el Almirante de Inglaterra y toda la caballería que con él vino el referido pasaje de sus Majestades, con la nobleza de su corte, como se ha dicho, á ida y vuelta de Nuestra Señora de San Llorente, de ofrecer á Dios y á su Santa Madre aquel fruto para servirle y dalle gracias por haberle dado tan grata sucesión, llevó á su casa á comer al Almirante, y no solo á los señores y caballeros ingleses, pero á todos los otros que quisieran ir, que no fueran menos de trecientos; y para hacer este convite más espléndido, se puso una mesa en una sala que tenía sesenta y tres

pies de largo, colgada de tapicerías de Arras, de seda y oro, con la historia de San Pablo, y en el un testero estaba un gran aparador de piezas de oro y plata [de] diversas hechuras y maneras, entre las cuales había grandes vasos, cántaros, ollas, y once urnas doradas, de altura de vara y media, con asas, picos y pies de sierpes. En la primera (1) estaba, relevado de figuras, el Rey D. Fernando el Cuarto, sentado en silla, y á su lado derecho el Infante D. Juan, y al izquierdo Sancho Sánchez de Velasco, adelantado mayor de Castilla, con la espada en la mano, desafiando al Infante, y allí parecía D.ª Sancha Osorio Carrillo, mujer del Adelantado, con el hijo en brazos, que iba tras el que seguia a los Salazares, porque dejaban la batalla. En el segundo estaba esculpido el ejército del Rey D. Alonso el Onceno en el sitio de Algecira, cuando el Rey con toda la nobleza acompañaba el cuerpo de Hernán Sánchez de Velasco, que allí murió. En el tercero parecían el Rey D. Enrique el Segundo, y D. Pedro Fernández de Velasco, su camarero mayor, que salían de la batalla de Nájera, y después el mismo don Pedro que coronaba al Rey en Montiel. En el cuarto se vía á Juan de Velasco, que en Antequera socorría contra los moros al Arzobispo D. Sancho de Rojas, con gran mortandad dellos. En el quinto se vía la

Aparadores ricos en casa del Condestable.

(1) *En el primero,* dice el original; pero está corregido en la fe de erratas. Claro es que, consiguientemente, debiera haberse corregido después: *en la segunda... en la tercera,* etc. Yo lo dejo como allí está.

batalla de Olmedo entre los Infantes y el ejército del Rey D. Enrique el Cuarto, de que era capitán general D. Pedro Fernández de Velasco, Conde de Haro, y camarero mayor, y los enemigos vencidos. En el sexto se notaba el sitio de Granada y al Rey D. Fernando V, que la reconocía con el Condestable D. Bernardino de Velasco. En el séptimo, las revueltas de las Comunidades, y cómo el Condestable tomaba á su cargo la pacificación del Reino, y la batalla de Villalar, adonde su hijo, el Conde de Haro, venció á los comuneros; y parte destas cosas estaban en el octavo. En el noveno estaba el Rey D. Felipe II, coronado en Inglaterra, y acompañándole para embarcarse para aquella jornada el Condestable D. Iñigo López de Velasco. En el décimo y en el undécimo se conocía al Condestable Juan Fernández de Velasco, en la vanguarda del ejército de Borgoña, con las ciudades que en aquellas provincias ganó al Rey de Francia, y á los franceses rotos y al mariscal de Birón herido; todo muy bien notado con claros letreros. En el otro testero de la sala estaba un gran dosel de brocado con las armas de los Velascos.

En otra pieza más adentro había otra mesa con otro gran aparador de muchas piezas, y entre ellas un dios Baco sobre una pipa de vino, de una altura de una vara, coronado de hojas de parra y uvas; en la una mano tenía una taza, y en la otra una bota, y un hombre que bebía del vino que salía de la pipa; y aquí estaba la vajilla que el Rey de Inglaterra dió al Condestable, y otro

aparador de vidrios cristalinos y finos barros, que se llevó la gente, sin podello defender. Más adentro había otra sala, de sesenta y ocho pies de largo, colgada de tapicerías de Arrás de oro y seda, de boscajes, con un dosel de brocado. Desta sala se pasaba á una gran cuadra, adonde estaba una gran cama de brocado azul con columnas de plata, y colgada en ella la tapicería de la historia de Adonis y Venus, de oro y seda, y en todas había muy suaves olores. En la primera mesa comieron la Duquesa de Frias, la Condesa de Monterey, las marquesas del Carpio y Alcañices, y otras señoras, y con ellas el Duque de Alcalá. En la segunda, que estaba adornada de diversisidad de labores en las toallas, como puentes, fuentes, castillos, lagartos y otros diversos animales, con varios principios de frutas y otras cosas, se sentaron setenta y dos personas: fué el primero el Almirante de Inglaterra y á sus lados los duques de Alburquerque y Sessa, y luego el Condestable, el Marqués de Cuéllar y el Embajador de Inglaterra, el Conde de Pert, y los hijos y yerno, sobrinos del Almirante, y todos los demás caballeros ingleses: en medio de la mesa estaba una gran nao de plata con velas tendidas, que parecía en extremo bien. Comenzóse á servir la mesa con tanta orden y abundancia y delicadeza de manjares, asistiendo al servicio muchos y muy grandes caballeros, que con esto y la diversidad de músicas, no se puede decir sino que fué cosa admirable; porque se certifica que se sirvieron mil y docientos platos de carne y pesca-

do, sin los postres, y quedaron otros muchos por servir. Hiciéronse brindez en pie á la salud de los Reyes de España y de Inglaterra, que corrieron con alegría por toda la mesa, y en ella se pasó con mucho amor, deleite y gusto. Hubo otra mesa donde comieron todos los caballeros parientes del Condestable, que fueron muchos, y otra donde comieron los gentiles hombres ingleses, que serían cincuenta, y otras donde se asentaron otros de menor condición, que serían más de ciento y cincuenta; todas muy proveídas y servidas con orden, abundancia y cumplimiento de todas las cosas sin prohibir á naide de los que habían ido á mirar que tomasen lo que quisiesen, y los caballeros ingleses daban á las tapadas platos de conservas y confituras; y, en suma, se mostró en todo liberalidad, y se echó de ver cuánto conviene á los príncipes tener personas que en tales casos sepan con prudencia, destreza y ánimo generoso acudir á todo, como lo hizo en este caso Luis de Sarauz, mayordomo del Condestable.

Visita del Almirante al Duque de Lerma.

Este día el Almirante fué á visitar al Duque de Lerma, acompañado del Condestable. Entró por el cuarto de sumiller, y se fué á dar á una galería que estaba aderezada con una colgadura de oro y plata, bordada con muchas perlas y preciosas piedras, con figuras á pincel, que demás de su riqueza, parecía muy hermosa. Sentáronse

los tres señores, y tuvieron grande espacio con mucho gusto, discurriendo en diversas materias, y algunas de estado, con que se acabó este día, comenzando el Almirante desde luego á solicitar su despacho, diciendo que por haberse de hallar en ciertas dietas que se habían de tener para la concordia de los reinos de Inglaterra y Escocia, no podía dejar de abreviar su vuelta; y entendió en visitar al Príncipe de Piamonte, y al gran Prior, su hermano; al Conde de Miranda, Presidente del Consejo; al Cardenal de Toledo y otros señores y señoras y á los embajadores, y envió á su hijo mayor á Madrid, á visitar á la Duquesa de Feria.

El Almirante de Inglaterra solicita su despacho.

Nueva de la elección de Paulo V.

A los 2 de Junio llegó nueva que el Sacro Colegio de Cardenales había elegido en pontífice, á 16 de Mayo, á las diez horas de la noche, al Cardenal Burgesio; y demás de la costumbre que en estos reinos se tiene de hacer demostraciones de alegrías por la elección del Pontífice romano, quiso su Majestad que se hiciesen duplicadas por haber sido su padre y abuelo muy devotos servidores de su corona, y asimismo el Pontífice y bien afecto al nombre español; y así, se hizo una devota procesión general y tres días de luminarias, con particulares y generales gracias a Dios.

Convite que hizo el Duque de Lerma al Almirante de Inglaterra.

Quiso en todo caso el Duque de Lerma que el Almirante de Inglaterra conociese por diversos caminos de amor y cortesía, que se correspondía a la estimación que mostraba de la confederación hecha entre las coronas de España y la Gran Bretaña, y que por su parte había de procurar que la buena inteligencia que desde España se tuvo siempre con el serenísimo Jacobo VI, Rey de Escocia, que ahora es Primero deste nombre en Inglaterra, se conservase para siempre; y para mayor demostración dello, el Duque le convidó a comer, a 7 del dicho, en su posada, que está unida con el palacio Real; y desto mostró el Almirante muy gran contento y gusto. El dicho día, porque la gente de la corte es deseosa de ver cosas nuevas, y en las tales suele cargar tanta, que embaraza e impide, el capitán Calderón, caballero del hábito de San Juan y gobernador de la guarda alemana, puso a la primera puerta soldados alemanes con un oficial, y en la escalera soldados de la guardia española, de que es teniente; se puso con el Vicealmirante de Inglaterra y D. Blasco de Aragón, para que no entrasen sino los caballeros ingleses y gente suya.

Jacobo VI, rey de Escocia, Primero de Inglaterra.

En subiendo la escalera, estaba, después de un recebimiento, una gran sala, colgada de ricas tapicerías, y dos aparadores, que tomaban casi

toda la sala de largo, y llegaban con sus gradas hasta casi el techo: el uno era de plata dorada, de grandes cántaros y vasos de diversas hechuras, fuentes, aguamaniles y otras tales piezas y vasijas; el otro de plata blanca en grandísima cantidad, también de grandes vasos y piezas de diversas hechuras, y muchas mesas de botillerías, con gran recado de lo que era menester, todo puesto con gran orden y pulicía, y criados para acudir al servicio. En otra cuadra, que estaba colgada de tela de oro, había otros dos aparadores con fuentes y diversidad de muchas piezas de oro macizo y de cristal de roca, guarnecidas de oro con fina pedrería, y muchas piezas de aguas marinas ricamente adornadas, que parecían esmeraldas. El otro aparador era de vidrios de Venecia y Barcelona, muchos y muy galanes, de varias hechuras, que hacían hermosa vista, con muchos barros finos de Portugal y botillería, con muchos flascos de plata y cantimploras con diversidad de vinos y cerveza al uso de Inglaterra. La tercera pieza estaba también con ricas tapicerías de oro y un rico dosel. La cuarta era una gran sala de ochenta pies de largo, que llaman la galería, adrezada con tapicerías de brocados, labradas a modo de grotesco, y en ella estaba, en un corredor, acomodada la música, sin que hiciese impedimento, y con diversos instrumentos y voces muy escogidas hacía su oficio en cuatro coros, y juntándose, parecía

Aparador de plata.

Aparador de piezas de oro macizo y cristal de roca.

Música para la comida.

cosa del cielo; y en otra pieza fué la comida. En la quinta pieza, que es una gran cuadra, estaban unas tapicerías de seda y oro, figurados en ellas los hechos de los Sandovales, deviseros de Castilla, y entre ellos Ruy Gutiérrez de Sandoval y Diego Gómez de Sandoval, peleando en la conquista de Sevilla, y Gutiérrez Díaz de Sandoval, que murió con los infantes peleando con los moros en la vega de Granada, y Gómez Gutiérrez de Sandoval, y Gutierre Díaz de Sandoval, que defendían a Lerma de todo el poder de Castilla, y después el uno destos, que peleaba con los moros, siendo general en la frontera de Jaén, y ambos, que servían al Rey D. Alonso en el sitio de Algecira, y el uno de ellos, que murió en una emboscada que se hizo a los moros. En otra parte se vian Diego Gómez de Sandoval y Pedro Díaz de Sandoval, que morían en la batalla de Nájera, sirviendo al Rey D. Pedro, y los hermanos Hernán Gutiérrez y Alvar Gutiérrez de Sandoval, muertos en la batalla de Aljubarrota, en servicio del Rey D. Juan. A otro lado parecía Diego Gómez de Sandoval, peleando en las guerras de Antequera con los moros, y cómo los vencía en la batalla de Setenil, y peleando en la de Olmedo, y triunfando de los valencianos, vencidos en la batalla con la mitad menos gente que ellos, y cómo era uno de los gobernadores de Castilla en tiempo de D. Juan II, y él y su mujer D.ª Beatriz de Avellaneda, padrinos en el baptismo del Príncipe D. Enrique. También se vía Don Hernando de Sandoval, que juntamente con el

Rey D. Alonso combatía en la reñida batalla naval contra ginoveses, en la isla de Ponza; y a otro lado D. Bernardo de Sandoval, en las guerras de Granada, mayordomo mayor del Rey Católico y de su Consejo, que llevaba su cuerpo a Granada, y que después tenía a su cargo a la Reina Doña Juana en Tordesillas, y preso por los capitanes de las Comunidades; y a D. Luis su hijo, en el mismo oficio; y a D. Francisco Gómez de Sandoval, sirviendo en la jornada del Peñón de Vélez, y que iba por embajador a Portugal; y a su hijo D. Francisco Gómez de Sandoval, Duque de Lerma, Marqués de Denia, Comendador mayor de Castilla, del Consejo de Estado, sumiller de Corps y caballerizo mayor del Rey, nuestro señor, y su Capitán general de la caballería de España. Todas las dichas piezas estaban con muchos perfumes y olores muy perfetos, y las mesas en la mayor sala también y curiosamente puestas, y los aposentos dichos con los aparadores y demás cosas con mucha curiosidad.

Viniendo el Almirante, tocaban muchos atabales y trompetas, que estaban en la plazuela, adonde cae la sala de la comida, y el Duque y el Almirante se sentaron en la cabecera de la mesa, que era algo más ancha que lo demás della, y luego el Embajador de Inglaterra, y cada uno en su lugar; no hubo ningún español, sino es Don Pedro de Zúñiga, que iba por embajador a Inglaterra, por el conocimiento que ya tenía con los caballeros ingleses y introdución que con ellos iba tomando, y D. Pedro Pacheco, hermano del

Conde de Caracena, como conocido y amigo, para que los tuviese compañía, brindase y regalase. Comenzóse la comida con tantas y tan diversas viandas exquisitas y delicadas, que fué cosa maravillosa, no cesando jamás la música en son tal, que no ofendía, sino que deleitaba al Almirante y al Duque. A cada uno se ponía plato entero de cada cosa, que fué mucha grandeza y los servían los caballeros de la cámara y muchos señores de título; y el Marqués de San Germán y D. Blasco de Aragón ponían las viandas en la mesa y levantaban los platos, y a los caballeros ingleses asistían otros muchos señores y caballeros, para hacerlos servir y dar de beber, porque en nada se faltase.

A su tiempo se pusieron las postres de frutas varias y admirables, y cuando fué tiempo se quitaron los primeros manteles, y en un momento se vió la mesa llena de grandísima diversidad de confituras y conservas, en tanto grado, que causó gran maravilla.

Comida en casa del Duque de Lerma.

Cuando se sentaron a comer el Duque y el Almirante, se lavaron en dos fuentes de oro macizo, y cuando acabaron, en dos de cristal, guarnecidas con pedrería. Acabada la comida, se pasó el Almirante por otra galería, que estaba muy bien adrezada, a reposar en una pieza colgada de muy ricos paños labrados en las Indias, y entre tanto comieron todos los señores y caballeros que habían asistido a la comida, y más de docientos gentileshombres ingleses y criados del Almirante; y

El Almirante solicita su despacho.

cuando fué tiempo se bajaron a un patio, adonde había una fuente y estaba cubierto con un toldo muy fresco y muy bien adrezado, y allí se representó una comedia, que fué recetada con general aplauso y gusto, y los Reyes la vieron desde una gelosía. Este día volvió el Almirante a solicitar su despacho, para el cual se resolvieron algunos puntos que había pedido a su Majestad.

Con esta resolución, de que el Almirante se tuvo por muy contento, ordenó su Majestad que el Condestable le llevase a la segunda audiencia, y así lo hacía, acompañado de todos los deudos y amigos suyos, que fueron muchos, y su Majestad le recibió en pie en la galería, arrimado a un

Audencia segunda que da el Rey al Almirante.

bufete, y allí se hizo la presentación del Embajador ordinario, y hablaron en otras materias. Acabada el audiencia del Rey, pasaron el Almirante y el Embajador con el mismo acompañamiento al cuarto de la Reina, nuestra señora, y las damas dieron lugar, como se hace en semejantes audiencias, y le tomaron algunos caballeros ingleses, que este día fueron, como los demás a su usanza, ricamente vestidos; y habiéndole presentado también al embajador a la Reina, nuestra señora, que le recibió en pie, como en la primera audiencia, y después de grandes recados de la serenísima Reina de Inglaterra, de su parte dió á su Majestad una rica joya que era una águila de diamante, coronada, y el tusón por pendiente, con dos requísimas perlas, que toda ella fué esti-

Presente de la Reina de Inglaterra a la Reina, nuestra señora.

mada en doce mil ducados; y su Majestad la recibió con su acostumbrada benignidad, y respondió con tan gratas palabras, que quedó muy alegre y contento, y el Condestable le volvió a su posada. Y habiéndose concertado los puntos arriba dichos, sobre que el Almirante, por algunas dudas que se le ofrecieron, tuvo algunas juntas con el Embajador ordinario y con el Veedor general de la armada, quitándose y poniéndose en los capítulos algunas palabras, todo como lo afirma D. Blasco de Aragón y se vió con efeto, a fin de que se conserve largamente la paz, de cuyo deseo daba el Almirante claras y evidentes muestras, llegó el día del Corpus.

Procesión del Corpus.

El día de la fiesta del Santísimo Sacramento, que llaman de *Corpus Christi*, como el Rey, nuestro señor, lo acostumbra, fué á la procesión y salió con ella desde la Iglesia Mayor, y siempre anduvo con la gorra en la mano, y una vela encendida, con el ejemplo de católica piedad que siempre ha mostrado. Iba el Obispo de Valladolid, Inquisidor general, vestido de pontifical, y el Regimiento, como es costumbre, llevaba las varas del palio del Santísimo Sacramento; cerca de la persona de su Majestad, en los lugares ya conocidos, iban el Cardenal de Toledo, el Príncipe de Piamonte, y el gran Prior, su hermano, el Duque de Lerma, los duques de Alburquerque, Infanta-

do, Cea, Alba, Pastrana, y el Conde de Alba, y detrás el Marqués de Velada y el Marqués de Falces, capitán de la guarda de los archeros. Delante de su Majestad, en dos coros, como se usa, iban los Consejos, cada uno en su lugar, con velas encendidas y los mayordomos del Rey haciendo su oficio. Toda la clerecía, las órdenes y cofradias, con sus insignias, que eran muchas, llevaban su lugar, con mucha cera, y asimismo los señores y caballeros, todos muy galanes, y la procesión fué grande y bien ordenada. Salió de la Iglesia Mayor á la Corredera, y la Reina, nuestra señora, con el Duque de Sessa y la camarera mayor estaban en una ventana, y en las otras las damas, y con grandes muestras de devoción adoró su Majestad el Santísimo Sacramento, y, pasado, estuvo en pie hasta que pasó el Rey. El Almirante de Inglaterra, con sus hijos y sobrinos y muchos caballeros ingleses, estuvieron en las ventanas de su posada, en la casa del Conde de Salinas.

Una parte de los caballeros ingleses anduvieron en la procesión, so color de curiosos, con gran acatamiento, habiendo parecido á todos notable cosa la grandeza con que lo espiritual y corporal se celebra en esta corte; porque en las calles había mucha riqueza de tapicería y pinturas, y en todas había grandes toldos de lienzo, que con gran gusto puso la Ciudad, y con brevedad, por la buena diligencia del Corregidor D. Diego de Sandoval.

Ratificación del juramento de las paces con Inglaterra.

El dicho día de *Corpus Christi*, en la tarde, mandó su Majestad que se celebrase la ratificación del juramento de las paces establecidas con la corona de Inglaterra, que era el principal efeto de la venida del Almirante; y para ello el Condestable de Castilla fué, muy acompañado de muchos señores y caballeros muy galanes, á la posada del Almirante, adonde D. Blasco de Aragon había proveído de caballos para todos los señores y caballeros ingleses; y llevando el Condestable á su mano derecha al Almirante, que llevaba el collar de la Orden de la Jarretera y la misma Jarretera de oro de martillo, guarnecida de diamantes, en la pierna izquierda, y muy galán, como lo iban todos los caballeros ingleses, fueron á palacio, y subiendo á la antecámara, toparon á su Majestad en la galería, que iba acompañado de los grandes, que eran los duques de Alburquerque, Alba, Infantado, Sessa, Pastrana, Cea, Conde de Alba y el Marqués de Velada, su mayordomo mayor, y de los demás mayordomos y caballeros de su cámara; tomó á su lado al Almirante, pasándose el Condestable con los grandes. Delante de su Majestad iba el Duque de Lerma, que llevaba el estoque, como caballerizo mayor, y los cuatro reyes de armas con sus cotas y cuatro maceros con sus mazas en el lugar que les tocaba; se fué caminando por las galerías, cu-

yas ventanas estaban abiertas, por lo cual se vía muy bien pasar todo el acompañamiento y á su Majestad desde la plaza, adonde había un tablado, en el cual estaban tocando siempre los atabales y trompetas. La sala real, que comunmente se dice el salón, estaba colgada de ricas tapicerías y en la frente un rico dosel y una silla de brocado, con una gran tarima de dos gradas en alto, cubierta de alhombras; y allí estaba aguardando el Cardenal de Sandoval, Arzobispo de Toledo. Sentado su Majestad, á su mano derecha, debajo de la segunda grada de la tarima, se sentó el Cardenal en silla alta de terciopelo carmesí, y consecutivamente della se sentaran los grandes en su banco, estando cabe su Majestad el Duque de Lerma, en pie, con el estoque, y el Marqués de Velada, mayordomo mayor, á la mano izquierda del Rey. Enfrente del Cardenal se sentó el Almirante de Inglaterra en silla rasa de terciopelo carmesí, y más abajo, en banco, el Embajador D. Carlos Corneualeys, caballero de la cámara privada del Rey, uno de los lugartenientes Reales en la provincia de Nortfolc, y de su Consejo, y no hubo más embajadores.

El Rey tuvo por bien de dar satisfación al Almirante, que quiso que juntamente con él asistiese el embajador ordinario, como era razón. Y habiéndose sentado todos en la forma referida, después de un Credo, que se estuvo con gran silencio y quietud, el Rey hizo seña á Andrés de Prada, caballero de la Orden de Santiago y su secretario de Estado, que estaba junto al Carde-

nal, el cual le puso en la mano un papel, que leído en voz intelegible, estando en pie, contenía lo siguiente:

Orden del juramento que hizo el Rey, leído por el Cardenal de Toledo.

«Vuestra Majestad promete, sobre su fe y palabra Real, que observará y cumplirá, y hará observar y cumplir, inviolable, realmente y con efeto, sin fraude ni dolo alguno, todos los puntos y artículos contenidos en el tratado de la confederación y liga que se ha acordado y concluído entre vuestra Majestad y el serenísimo Rey de la Gran Bretaña é Irlanda, que entonces se intitulaba Rey de Inglaterra, Escocia é Irlanda, por los despachos de entrambas partes, en la ciudad de Londres á ventiocho de Agosto del año próximo pasado de mil y seiscientos y cuatro; y asimismo los dos capítulos que Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, en nombre de vuestra Majestad concedió á los súbditos del dicho serenísimo Rey de la Gran Bretaña é Irlanda, para que pudiesen trasportar las mercaderías de Alemania á España libres del derecho de treinta por ciento, en la forma que en los dichos capítulos más largamente se contiene, su fecha en la dicha ciudad de Londres, á dos días del mes de Setiembre del dicho año de mil seiscientos y cuatro, sin jamás contravenir, ni consentir que se contravenga á ello, ni á cosa ni parte dello en ninguna manera, por vuestra Majestad ni por sus súbditos, ni por vuestra Majestad ni por ellos se asentará ni innovará cosa alguna contra la dicha confederación y

liga, directa ni indirectamente?» Y habiendo puesto el tapicero mayor delante del Rey un sitial y un cojín de terciopelo, D. Alvaro de Caravajal, limosnero mayor, puso encima un misal y una cruz. Prosiguió el Cardenal diciendo que así lo juraba sobre la cruz y los Santos Evangelios, que para tal efeto tocaba con sus reales manos. El Rey se hincó de rodillas y puso las manos sobre la cruz y el misal que el Cardenal tenía en las suyas, y respondió: «Así lo juro, y prometo de guardar estas capitulaciones»; las cuales firmó allí su Majestad.

Acabado este acto, volvió su Majestad á su cámara con el mismo acompañamiento que había llevado, y dejándole en ella el Almirante y el

Trata el Almirante de su partida.

Embajador, se volvieron á su posada, acompañándolos el Condestable y todos los caballeros que con ellos fueron; y en todo este tiempo nunca cesaron los atabales y trompetas, que estaban en parte que ningun impedimento daban, y luego se comenzó á tratar la partida, solicitándolo mucho el Almirante.

Juego de cañas y toros.

Viernes, que se contaron 10 de Junio, después del día del Corpus, habiendo el Rey mandado que se hiciese este día el juego de cañas en la

Plaza de Valladolid de las mejores del mundo.

plaza Mayor de Valladolid, que por su grandeza y proporción, en forma casi cua-

drada, y por las tres órdenes de balcones de hierro que tiene á compás, es la mejor del mundo, estando adornada de muchas tapicerías de brocados, telas de oro y sedas, y los tablados debajo de las ventanas en torno, de manera que hacían un grande y bien compuesto teatro, con el lugar que en las galerías ó terrados se habían hecho para que tanto mayor número de gente se pudiese acomodar; entre las doce y una horas de mediodía entró la Reina, nuestra señora, en una hacanea con sillón de plata y gualdrapa bordada, yendo delante toda la nobleza de la Corte, el Príncipe de Piamonte y su hermano el gran Prior de Castilla, y los grandes del reino que se hallaban en ella, todos tan ricamente vestidos y galanes, diferentes de los otros días, que admiraba tanta grandeza justamente empleada en ocasión de tan digno regocijo. La Reina, nuestra señora, llevaba saya entera de gurbión de oro y gorra aderezada, con grandísima cantidad de joyas por todo el vestido, y un pinjante con un diamante con una preciosa perla de extraordinaria grandeza, que como hería el sol en los diamantes, hacía lindísima vista, y lo mismo era en cuantos los llevaban, que eran casi todos, porque otras joyas no había. Al lado de la Reina nuestra señora, iba el Rey nuestro señor, á la jineta y llevaba un hermoso y rico jaez, bordadas en la mochila, de oro y perlas, las armas de todos los reinos de su corona. Seguía á su Majestad la camarera mayor, y después (de) todas las damas, en palafrenes, con riquísimos sillones de plata y

guarniciones, unos bordados, otros chapados, y ellas en cuerpo, con gorras aderezadas y plumas y sayas enteras de diferentes telas de oro, rasos cortados, aforrados de velos de oro y plata, y bordados con multitud de joyas, acompañándolas los galanes tan lucidos y vistosos, que verdaderamente fué acompañamiento de tal día y de tales príncipes.

Apeáronse sus Majestades en las casas de la Ciudad, adonde se les tenía aparejada la comida, porque allí habían de estar á la fiesta. Poco antes que se soltasen los toros, salieron sus Majestades á la galería de la Ciudad, que es muy grande y desenfadada y muy á propósito para tales fiestas; y tomando su lugar en el balcón se preguntó de parte de su Majestad al Almirante si holgaría de ver la fiesta con las damas, de lo cual demostró recebir gusto, y así vió la fiesta sentado con ellas. Los caballeros ingleses estuvieron en los balcones largos, debajo de su Majestad, en la misma casa.

Entra el conde de Miranda con el Consejo.

Antes de estar sus Majestades en su lugar, entró el Conde de Miranda con el Consejo Real, alcaldes de la casa y corte, y ministros y oficiales del Consejo, que así por representación de la mucha excelencia del Conde, como por la gran autoridad de tan excelso Consejo, fué vista de grande estimación y á todos muy grata, y se fueron á apear á su lugar, estando todos los consejos en los suyos; porque en tales días, se acostumbra de señalarlos á los tribunales y á las personas de autoridad.

Entró luego el Marqués de Camarasa á caballo, y detrás dél la guarda española, de que es capitán, en orden de guerra, con pífaros y cajas, y luego la alemana, guiándola su alférez, y en medio della, á caballo, el capitán Calderón, caballero de hábito de San Juan, su gobernador, también en orden de guerra, y después el Marqués de Falces, capitán de los archeros, con ellos en tropa. Y habiendo las guardas tomado su acostumbrado lugar, se mandó que se limpiase la plaza, porque había mucha gente, y no convenía que quedasen más de los toreadores. Y luego entraron catorce carros en ala, con largas cubas de agua, que en un momento la regaron y la dejaron muy fresca, y pareció bien aquel gran teatro con tanta gente, ventanaje y terrados, adonde se juzgó que había poco menos de cien mil personas. Soltáronse los toros, que fueron bravos, y se fueron corriendo por su orden; y quiso Dios que tanto más alegre fué la fiesta, cuanto que hicieron poco daño, aunque dos ó tres veces desbarataron la guarda, que fué vista alegre y apacible. Celebráronse (1) mucho dos lanzadas que se dieron y los garrochones que hubo, porque salieron á la plaza con multitud de lacayos vestidos de librea, en lindísimos caballos, con ricos jaeces, el Duque de Alba, el Duque de Pastrana, el Conde de Salinas, el Conde de Coruña, el Marqués de

Entran las guardas en orden de guerra.

---

(1) *Celebráronlo,* dice el original. Entiendo que sea errata.

Tavara, el Marqués de Villanueva, de Barcarota, y otros caballeros. Y fué cosa agradable para los extranjeros ver las muchas y buenas suertes que se hacían con los toros, admirando la ligereza de los caballos, la destreza y ánimo de los caballeros, y no menos maravilla causaban las buenas suertes que hacían los de á pie, provocando al toro, y sabiendo ligeramente excusar el encuentro, dejándole frustrado.

Siendo tiempo, el Rey y los Príncipes se fueron á vestir para las cañas, y los señores y caballeros que andaban en la plaza se salieron para el mismo efeto, quedando en compañía de la Reina el Duque de Sessa, su mayordomo mayor, y entre tanto se prosiguió en el correr de los toros; notándose mucho que el Almirante de Inglaterra se entretenía con doña Catalina de la Cerda, dama de la Reina, nuestra señora, hermosa y de mucha gentileza, y con ella hizo el Almirante demostraciones de buen galán y discreto cortesano. Y estando la plaza despejada de gente, en que por una parte el Marqués de Camarasa con la guarda española, y por otra parte el capitán Calderón con la alemana, usaron mucha diligencia, la Reina, nuestra señora, mandó que la entregasen la llave del toril, porque siendo, como es, costumbre echar toros para despartir las cañas, no quiso que esto se hiciese estando el Rey en la plaza, en que su Majestad mostró mucha discreción. Vestido su Majestad en la posada del Marqués de la Laguna, que es junto al pasa-

Reina nuestra señora toma la llave del toril.

dizo de D. Alonso, desde una ventana fué ordenando todo lo que se había de hacer para el juego de cañas; y en ejecutar sus órdenes, entendían D. Alonso de Cárcamo y Haro, Corregidor de Toledo, del hábito de Calatrava, y D. Gonzalo Manuel, de la misma Orden, caballeros cordobeses, que, como ejercitados en tal juego, fueron llamados para que asistiesen en él y hiciesen ejecutar lo que su Majestad mandase. Estando, pues, todo á punto, y juntas las cuadrillas, su Majestad se puso á caballo, y desde la puerta de la plaza mandó que comenzasen á entrar. Fueron los primeros treinta y cuatro trompetas y atabales; que aunque estos entraron haciendo grandísimo estruendo, porque en las cuatro esquinas de la plaza había otros muchos trompetas y menestriles, que desde que se comenzaron los toros y mientras duraron, á veces tocaban, sin que jamás dejase de haber música, en esta entrada, tocando todos juntos, pareció muy bien. Guiaba los trompetas y atabales uno á caballo, vestido de la misma librea de seda, de las colores de la Reina, nuestra señora, y ellos también con las banderolas de las trompetas, las gualdrapas de los atabales, cubiertas y guarniciones de los caballos, sombreros y plumas. Y estando la plaza muy despejada, y habiéndose puesto las trompetas y atabales en los cuatro ángulos de la plaza, para que sin embarazar pudiesen hacer su oficio, entraron doce acémilas de una en una, llevadas de diestro de acemileros, vestidos de librea, guarnecidas con patenaje de plata y pretales de plata

y borlaje de seda de las colores de la Reina, con grandes penachos en las cabezas y traseros de los bastos, con dos haces de cañas para el juego en cada una, cubiertas de reposteros de terciopelo carmesí, bordadas en ellos, de oro y plata y seda, las armas reales, con sogas de seda de las mismas colores y garrotes de plata. Seguían á las acémilas todos los oficiales de la caballeriza del Rey, y luego seguía el caballo, y tras él, otros venticinco, llevados de diestros de lacayos, vestidos de encarnado, blanco y morado, que son las colores de la Reina, nuestra señora, con espadas y dagas plateadas. Los jaeces eran de oro y plata, con muchas joyas y recamados; las mochilas de pedrerías, cubiertas con tellices de terciopelo carmesí, franjas de oro, bordadas en ellos unas cifras de tela de oro.

Cuadrilla del Rey nuestro señor.

Hecha esta suntuosa entrada, estando la plaza muy regada y despejada, y todos en sus lugares, haciendo un lindísimo espectáculo, y con universal aplauso, silencio y aspectación, entró la cuadrilla del Rey, nuestro señor, que eran: su Majestad, el Duque de Lerma, su caballerizo mayor, en dos maravillosos caballos blancos, y corrieron una pareja tan igual, comenzando y parando tan á tiempo, y blandiendo sus lanzas con gracia y gallardía, que causó mucho contento. Siguió el Duque de Cea y el Conde de Gelves, gentilhombre de su cámara; D. Pedro de Castro y el Conde de Mayalde, también gentileshombres de su cámara; el Marqués de la Bañeza, D. García de Figueroa,

gentileshombres de la cámara; D. Enrique de Guzmán y el Marqués de San Germán, gentileshombres de su cámara, con marlotas y capellares de raso encarnado y morado, bordado de plata, con rapacejos y franjas de lo mismo, que eran, como se ha dicho, las colores de la Reina, nuestra señora. Y porque las labores bordadas eran unos cornucopias, salían mucho, y estaban bien compartidas y matizadas, y las tocas moriscas iban bien hechas con lindas plumas, y de la misma manera eran las libreas de las otras cuadrillas, sin quitar ni poner más de las colores. Y aquí se notó la gran atención con que todos volvieron los ojos á su Rey, con grande amor y estimación, admirando y ensalzando la gentileza con que iba, con mucha destreza y donaire.

Atención del pueblo al Rey.

Siguió á la cuadrilla de su Majestad, la de la ciudad de Valladolid, que fué la segunda, que eran el nuevo Corregidor D. Diego de Sandoval, gentilhombre de la boca de su Majestad, y Antonio de Santiago, D. Luis de Alcaraz, D. Pedro de Arrieta, D. Diego Nuño de Valencia, D. Galván Boniseñe, D. Alonso López de Mella, D. Diego de Nebro, D. Diego de Leiva, caballero del hábito de Santiago, todos regidores, y D. Jerónimo de Sandoval, hijo del Corregidor, y eran sus colores, colorado, amarillo y plata.

Cuadrilla de la ciudad de Valladolid.

La tercera cuadrilla fué el Condestable de Castilla, de verde, negro y plata; y fueron el Condestable, el

Cuadrilla del Condestable.

Marqués de Cuéllar, el Conde de Aguilar, don Alonso de Velasco, señor de Revilla, veedor general de las galeras y armadas del Rey; el Marqués del Carpio, D. Manuel de Zúñiga, hijo del Conde de Monterey; D. Pedro Enríquez, hermano del Duque de Alcalá; D. Andrés Velázquez de Velasco, señor de Villabaquerín; D. Francisco de Velasco, del hábito de Santiago, gentilhombre de la boca del Rey, y su hermano D. Antonio de Velasco.

Cuadrilla del Duque de Pastrana.

En la cuarta cuadrilla fué el Duque de Pastrana, y con el Conde de Cocentaina, el Comendador mayor de Montesa, D. Fernando de Borja, D. Carlos de Borja, su hermano, el Marqués de Fuentes, don Bernardo de Rojas y Sandoval, D. Pedro Niño, D. Alonso Girón, D. Fernando de la Cerda, del hábito de Santiago, capitán de caballos ligeros, y D. Pedro de Fonseca, vestidos de morado, naranjado y plata.

Cuadrilla del Duque del Infantado.

La quinta cuadrilla fué la del Duque del Infantado, vestido de negro, leonado y plata; y entró con el Duque, D. Diego Sarmiento de Acuña, caballero del hábito de Calatrava, del Consejo de Hacienda de su Majestad. Siguieron: el Almirante de Aragón, D. Francisco Enríquez de Almanza, caballero del hábito de Alcántara; Conde de Nieva, mayordomo del Rey; el Conde de Coruña, don Diego Sarmiento, hijo del Conde de Rivadavia; D. Juan de Tassis, del hábito de Santiago, hijo del Conde de Villamediana, Embajador de Ingla-

terra; el Conde de Barajas, mayordomo del Rey; su hermano D. Gómez Zapata, gentilhombre de la boca de su Majestad, del hábito de Alcántara.

Cuadrilla del Duque de Alba.

La sexta cuadrilla fué del Duque de Alba, de azul, leonado y plata; y con el Duque, D. Diego Sarmiento de Silva, Conde de Salinas, del hábito de Alcántara; los marqueses de Cerralbo y Tavara, D. Pedro de Zúñiga, señor de Flores Dávila, que va de embajador á Inglaterra; D. Manuel de Alencastro, hermano del Duque de Avero; el Conde de Ayala, D. Diego Pimentel, del hábito de Santiago y del Consejo de Guerra; D. Martín Valero de Franqueza, del hábito de Santiago, gentilhombre de la boca de su Majestad, y el Marqués de Villanueva de Barcarota.

Cuadrilla del Conde de Alba.

La sétima cuadrilla fué del Conde de Alba, de oro, plata y encarnado, y entraron con el Conde, don Bernardino de Toledo, su hermano, comendador de la Orden de San Juan; D. Juan de Guzmán, Martín de Guzmán, señor de Montalegre y Meneses; el Marqués de Falces, capitán de los archeros; D. Francisco Zapata, caballerizo del Rey; D. Felipe de Valencia, del hábito de Santiago, sobrino del Bailío de Lora; D. Juan Vicentelo de Toledo, señor de Cantillana; D. Antonio de Toledo, señor de la Horcajada; D. Luis de Guzmán.

Cuadrilla del Príncipe de Piamonte.

La última fué la del Príncipe Vitorio de Piamonte y de su hermano Filiberto Manuel, gran Prior de Castilla, de la Orden de San Juan, y entraron con

ellos, D. Alvaro de Mendoza, D. Jerónimo Muñoz, D. Francisco de Córdoba, D. Juan de Heredia, gentileshombres de su cámara; D. Pedro de Lizama, del hábito de Calatrava; D. Francisco Terza, del hábito de Montesa, caballero de su boca; el Marqués de Este, su mayordomo mayor, y D. Diego de las Mariñas, su mayordomo, del hábito de Santiago, de plata y negro.

Pasada la primera carrera por medio de la plaza, fué la segunda por debajo del balcón de la Reina, nuestra señora, y otra por el otro lado. Y habiéndose pasado muy bien y con gran orden y concierto, pareciendo muy agradable la vista de tantos caballeros solos en la plaza, con tan hermosas, ricas y varias libreas, con tanta gentileza y diversidad de plumas, hallándose todos en el puesto del Ochavo para dividirse y salir á mudar caballos y tomar cañas y adargas, se salió su Majestad por allí con las cuadrillas de su puesto, que eran la de la Ciudad, el Condestable y el Duque de Pastrana; y las otras cuatro se fueron de galope por la acera donde estaba la Reina, nuestra señora, guiándolas D. Diego Sarmiento de Acuña, para salir para el mismo efecto por la puerta de arriba. Su Majestad fué tan diligente en mudar caballo, y por consiguiente todos los de su puesto, que estuvo á la puerta gran rato con su adarga embrazada, solicitando y llamando á los contrarios con una trompeta, y envió á ello al Marqués de Camarasa. Y estando á punto, salieron los unos y los otros por sus puertas á un mismo tiempo, guiando su Majestad á los de su

puesto, y el Príncipe de Piamonte á los del suyo; y habiendo escaramuzado y torneado la plaza buen rato con gran concierto de galope, dándose lugar los unos á los otros, sin embarazarse, se volvieron á sus lugares, poniéndose todas las cuadrillas de por sí á la frente las unas de las otras. Y cuando fué tiempo, llevando su Majestad el cabo de la suya (1), arremetió con toda ella á desembarazar las cañas sobre el puesto enemigo, y revolvió, recogiendo la cuadrilla y guiándola, y tomando la carga con tan buen orden y compostura, no sólo para el juego, sino para gobernarle, como si cada día lo hubiera ejercitado. Y aunque los hábitos con que se hace este juego y la caballería son á usanza morisca, la forma de pelear es antigua romana, con aquellos rodeos y vueltas, dándose las cargas los unos á los otros. Prosiguió el juego por gran rato, haciéndolo todos muy bien; porque con mucha consideración se daban lugar, arremetiendo sobre el enemigo, á espaldas vueltas, por no mezclarse; pero su Majestad se hubo tan extremadamante de bien, que por el adargarse con maña y desembarazar la caña con brío y gracia, llevó á sí todos los ojos de aquel gran teatro. Al fin la noche despartió el juego, que fué maravilloso, muy concertado y ordenado, y el pueblo quedó contentísimo, juzgando que á su Majestad no le faltó nada para hacer lo que debe en tal ocasión un verdadero caballero y perfeto jinete.

---

(1) *Saya* dice, por errata.

Acabado el juego, se fueron á desnudar, y volvió por la Reina, nuestra señora, con la cual se fué á palacio en su coche, estando la plaza y calles con muchas luminarias. Al Almirante de Inglaterra y al Embajador, y á todos los caballeros ingleses, dió esta manera de fiesta, no usada sino en España, mucho contento, gustando mucho de la riqueza de las libreas tan bien matizadas, de la ligereza y virtud de los caballos, de la gentileza y disposición de los caballeros, en aquella manera de silla tan ejercitados.

Muestra general que se tomó á la caballería de las guardas de Castilla, en la puerta del Campo de Valladolid, sábado 11 de Junio.

Desde que el Duque de Lerma tuvo el título de Capitán general de la caballería de España, deseó reconocerla mediante una muestra general, y en particular á la gente que llaman las guardas de Castilla la Vieja, desde muy antiguo tiempo instituídas; y pareciendo que por estar alojadas cerca de Valladolid, y ser en esta ocasión el tiempo que se suele mudar la parte dellas, que de dos en dos años va á residir al Reino de Navarra, adonde parecía que ahora no hacía falta, se mandó venir sin aguardar, como se suele hacer, la que entra en su lugar, salvo la compañía de caballos ligeros del Condestable de Navarra, que por ser de naturales, pareció no desacomodarla en hacerla venir para este efeto; porque si las

otras compañías venían, era para quedarse en Castilla.

Acordado, pues, que esta muestra fuese el día referido, en la puerta del Campo de Valladolid, como todo movimiento de armas es grato espectáculo á los hombres, los Consejos lo quisieron ver; por lo cual se mandaron hacer tablados para ellos, y otro se hizo junto á las casas de D. Bernardino de Velasco, al lado del puesto que tenían el Rey y Reina, nuestros señores, y sus sobrinos, adonde estuvo el Almirante de Inglaterra.

Habiéndose, pues, acercado algunos días antes la caballería á alojamientos cómodos, las compañías se fueron allegando á Valladolid y recogiéndose hacia la parte que llaman del Espolón; y cuando pareció que era hora, porque su Majestad, como se ha dicho, se hallaba con la Reina, nuestra señora, en las casas de D. Bernardino de Velasco, adonde habían comido, las compañías fueron entrando en la plaza, y tomando los puestos que se les mandaron, con muy buena orden; y las quince de lanzas gruesas, que así llaman á los hombres de armas, en aquella espaciosa plaza, que es á manera de teatro, y uno de los mejores del mundo, formaron dos grandes escuadrones, poniendo los estandartes en su lugar, y en la primera hilera los caballos encubertados, estando sus capitanes delante en hermosos caballos con ricas armas bordadas y ricos giriles, y algunos con bardas ó cubiertas de acero, doradas, nieladas y labradas de ataujía, que fué mucho de ver. En los dos cuernos destos escuadrones se pusie-

ron en cada uno dos compañías de caballos ligeros, y delante dellos una de arcabuceros de á caballo.

Estando de la manera referida en ordenanza á la mira de su Majestad, era la vista muy hermosa, porque los escuadrones, divididos con un buen espacio el uno del otro, con el relumbrar de las armas, el mover de los estandartes, cuadretes y banderolas de las lanzas de los caballos ligeros, la espesura de grandes penachos, y los buenos arneses que todos llevaban muy limpios, y los faldones de diversos colores, con el gran rumor de las trompetas, hacían una agradable vista, estando grandísimo número de gente en torno. Y cuando pareció que no faltaba más que proveer, fué D. Juan de Mendoza, Marqués de San Germán, Capitán general del Reino de Portugal y lugarteniente del Duque de Lerma, desta caballería, que para esto fué llamado, y avisó al Duque, el cual salió, llevando todos sus pajes delante, y los oficiales de la caballería en hermosos caballos, vestidos con casacas de terciopelo negro, con ricos pasamanos de plata. Los pajes llevaban la celada y otras piezas de armas, y el Duque iba en un gran caballo corsiel (1), con giriles de terciopelo negro, con mucha chapería de plata, con armas doradas, con una rica banda, bordada de preciosa pedrería. Y habiendo mandado quedar á los oficiales y á los pajes, llevando el bastón de capitán general, fué reconociendo

---

(1) Sin duda *corcel*.

los escuadrones y dando vuelta por ellos; y acabado, estando la plaza bien despejada, en que habían entendido los jinetes, estando cada capitán en su puesto, el Duque se puso solo delante de los escuadrones, y á buen paso los hizo mejorar dos veces, caminando á frente de su Majestad, y cuando pareció que estaban en el puesto conveniente, los arcabuceros de á caballo del un cuerno arremetieron, acometiendo á los del otro, los cuales salieron cargándolos y tomando la carga. Arremetió contra ellos una compañía de caballos ligeros, y de mano en mano las unas se fueron cargando á las otras con buena orden y tiento.

En acabando los arcabuceros y caballos ligeros, de escaramuzar, arremetió el Duque delante, y siguiéndole los dos escuadrones, guardando muy bien la ordenanza, con grande igualdad fueron á romper debajo de la ventana de sus Majestades, adonde los estandartes, cuadretes y toda la lancería se abatieron á un tiempo, y revolviendo cada escuadrón por su parte, fueron á tomar puesto el uno frontero del otro, desde donde arremetieron el uno contra el otro, y pasándose por los lados, se volvieron á juntar con muy buena orden y tino, y en habiendo sosegado un poco, se salieron, deshaciendo los escuadrones, á dar muestra y pasar por delante de su Majestad, compañía por compañía, lo cual fué muy conforme al uso de guerra, y abatiendo los estandartes á su Majestad, pareció muy bien; y las compañías fueron las siguientes:

Primeramente, el Duque de Lerma con su compañía de hombres de armas, llevando delante de todos, los oficiales de las guardas y sus pajes en hermosos caballos muy bien guarnecidos, como arriba se ha dicho.

La compañía de los Cien Continuos, que hasta ahora no tiene capitán, y la gobierna Alonso Ruiz de Herrera, con sus pajes á caballo, de librea.

El Duque de Cea, de la cámara de su Majestad, con su compañía, y doce pajes ricamente aderezados, en lindos caballos.

El Conde de Alba de Lista, cazador mayor de su Majestad, asimismo con muchos pajes y caballos. Y lo mismo hicieron los demás capitanes, que son los siguientes:

El Marqués de San Germán, de la cámara de su Majestad, con la suya.

D. Enrique de Guzmán, clavero de Alcántara, de la cámara de su Majestad, con la suya.

D. Pedro de Castro, de la cámara de su Majestad, con la suya.

El Conde de Gelves, D. Fernando de Castro, de la cámara de su Majestad, con la suya.

D. Diego de Sandoval, Corregidor de Valladolid, gentilhombre de la boca de su Majestad, con la suya.

D. Luis de Guzmán, gentilhombre de la boca de su Majestad, con las suyas.

Las siguientes compañías salieron con los tenientes, por estar ausentes los capitanes.

El Adelantado de Castilla, Capitán general de las galeras de Secilia.

La del Marqués de Villamizar, de la cámara de su Majestad, Visorey de Valencia.

La del Marqués de Cañete.

La de D. Jusepe Vázquez de Acuña, del Consejo secreto, y castellano de Milán.

La del Conde de Oñate, Embajador de Saboya.

La del Marqués de Montesclaros, Visorey de los reinos de Nueva España.

Los cuadretes ó cornetas de caballos ligeros fueron los siguientes, que fueron muy bien en orden como las demás.

D. Francisco de Bobadilla, Conde de Puñonrostro, del Consejo de Guerra de su Majestad.

El Marqués de Tavara.

D. Pedro Pacheco, de la boca de su Majestad.

D. Sancho Bravo de Acuña.

Una compañía de sesenta arcabuceros de á caballo y cuarenta lanzas jinetas, de D. Gaspar de Guevara.

Otra compañía de sesenta arcabuceros á caballo de la guarda del Capitán general, de don Diego Hurtado de Mendoza, Conde de Saldaña,

su hijo, cuyo teniente es D. Gonzalo Guiral, del hábito de Santiago.

Todos los estandartes tienen á sesenta lanzas, y el de los Continuos ciento, que son mil lanzas gruesas; las cuatro compañías de caballos ligeros, á ochenta lanzas, que son trecientas y veinte; las dos compañías de arcabuceros, con los jinetes, son ciento y sesenta, y con la compañía del Condestable de Navarra, son todos mil y quinientos y sesenta caballos pagados de ordenanza de sólo el reino de Castilla la Vieja, sin la caballería de la costa de Granada, que allí existe, y sin los caballeros de cuantía, que en algunas muestras han llegado á cinco mil y setecientos, sin otra caballería que el reino tiene. Acabada la muestra, la caballería se entró en Valladolid, y se puso en todas las calles en ala, por donde su Majestad pasó, que tomó casi desde la puerta del Campo hasta palacio, que es un gran trecho, y al Almirante de Inglaterra pareció cosa admirable, por ir tan en orden armada y en tan buenos caballos, que al fin, como dijo, son españoles; y así fué ésta una muestra concertada, con juicio ordenada, conforme á experiencia militar, y que denotó la potencia de un gran príncipe en sola una parte deste reino de Castilla.

Procesión de San Diego.

Viernes, 3 del dicho, estando acabada la iglesia del monasterio de los religiosos descalzos franciscos, que, pegada al palacio Real, ha hecho

el Duque de Lerma, con la buena ocasión del otavario del Corpus se pasó á ella el Santísimo Sacramento con una solene procesión, que anduvo por la plaza que está detrás de palacio, que estaba colgada de riquísimas tapicerías, con cuatro altares en los cuatro ángulos de la plaza, que pusieron el Duque de Lerma, la Condesa de Miranda, la Condesa de Lemos y la Duquesa de Cea, adornados de tanta curiosidad de reliquias, imágines y otras cosas devotas y diversas, y delicados perfumes, que hubo mucho que ver, y tanto más hermosearon la procesión los motetes y villancicos que cantó la Capilla Real, y la autorizaron los Reyes con su presencia Real y la del Príncipe de Piamonte y de su hermano el gran Prior de Castilla, y la intervención del Cardenal de Toledo, del Inquisidor general, del Arzobispo de Burgos y otros prelados, de los grandes y nobleza de la Corte, y de la camarera mayor, Condesa de Miranda, Duquesa de Cea, Condesa de Lemos, y otras muchas señoras y damas de la Reina, nuestra señora. Salió la procesión de la iglesia vieja, llevaron el palio capellanes de su Majestad con capas de coro. Hizo el oficio el General de San Francisco y pedricó un padre descalzo, y se llevó el Santísimo Sacramento á la iglesia nueva, que está fabricada con maravillosa arquitectura, y cada día, hasta que acabó el otavario, la Capilla Real, con asistencia de D. Alvaro Carvajal, hizo los oficios, interviniendo sus Majestades por las gelosías de la iglesia adonde pasan desde palacio; y el día de la otava por la

tarde se encerró el Santísimo Sacramento después de vísperas, y los Reyes bajaron á la procesión, que se hizo por el claustro, que aunque pequeño, estaba muy ricamente adrezado con cuatro altares, donde se cantaron otros diferentes villancicos y motetes. Y también llevaron las varas los capellanes de su Majestad, y el Cardenal de Toledo dió la bendición solene cantada, con que se acabó el oficio, y sus Majestades se recogieron por la misma escalera que sale á la iglesia, por donde habían bajado.

Máscara y sarao que se hizo, á 16 de Junio, en la gran sala que comunmente llaman el salón, en el Palacio Real de Valladolid.

Porque, no obstante que el Palacio Real de Valladolid tiene muy grandes comodidades, faltaba en él una sala tan capaz como requieren los saraos reales, que se representan con gran pompa y majestad, y adonde concurre la mayor nobleza y gran número della, el Rey, nuestro señor, con su ánimo generoso, considerando que en las casas del Conde de Miranda, que se agregaron á Palacio, había bastante dispusición para fabricar una sala como se deseaba, mandó á sus arquitetos que lo mirasen, y hallando que surtía bien su designio, sacasen la planta; y vista, contentando á su Majestad, mandó que luego se pusiese en efeto; y porque como se iba labrando, se iba conociendo que la obra salía bien, porque no todas las veces suceden las cosas en efeto como

parece en los modelos y trazas, ordenó su Majestad que se metiese gente y se diese mucha priesa en la fábrica, la cual se hizo con tanta brevedad, que las objeciones que á esto se ponían, se convirtieron en alabanzas, pues la fábrica ha sido de las mejores del mundo, porque de longitud tiene ciento y cincuenta pies de vara castellana, y el tercio de latitud, y el atitud tiene la necesaria proporción, conforme á las reglas de arquitetura; la claridad que tiene es maravillosa, y el techo está pintado de excelente mano, con una traza muy desimulada para poder abrir algunos espacios dél, para que, como los saraos son de noche, y en tan gran pieza necesariamente ha de haber muchas lumbres, el humo tenga respiración sin que ofenda. Tiene en torno un corredor, en el cual se hace una hermosa galería, y más abajo mucho ventanaje en aposentos y apartamientos, con escaleras secretas y muchas puertas en convinientes lugares por donde con la escalera se comunica la fábrica con artificiosa correspondencia, de manera que viene á ser á modo de teatro. Para el sarao se colgó la sala de las ricas tapicerías de Túnez, de oro y seda. Los intermedios que hacía el ventanaje, por no caber tapicería, se cubrieron de raso de oro verde, y en las ventanas se pusieron cortinas de tafetán verde. En la galería estaba un candilón grande de plata con su bola en cada espacio, que tenía cuatro luces, que serían 34 candiles, y otros tantos en las claraboyas que están encima del ventanaje de la galería, y por la corniz, que está al pie de la gale-

ría que iba rodeando toda la sala, estaban puestos otros tantos grandes candeleros de plata con hachas de cera blanca, que eran hechos como medias piñas. En la misma sala había otros tantos grandes blandones de plata con hachas, con que estaba tan clara como el día. En el ventanaje se señaló lugar para el Conde de Miranda, para el Cardenal de Toledo, para el Almirante de Inglaterra y Embajador ordinario y los más principales caballeros que con él vinieron, y para todos los demás embajadores, para los grandes, para el Inquisidor general y para los del Consejo de Estado y Guerra. En la galería se repartieron los lugares á los Consejos y criados de la casa real. Por los lados de la sala se pusieron bancos, como se usa en los saraos, cubiertos de alombras, para arrimarse las señoras, damas y caballeros que tienen lugar, y porque los caballeros que están detrás no diesen molestia; y aquí hubo una discreta consideración: que en la distancia desde los bancos y las paredes se habían puesto tres gradas, una más alta que otra, porque los caballeros de atrás no pudiesen ser impedidos de los de delante, y así vino á quedar la sala, en lo bajo, en el medio y en lo alto, como un bien proporcionado teatro; y con la experiencia se vió que el disignio de su Majestad salió prudentísimo, pues habiendo mandado á sus mayordomos de la manera que se habían de repartir los lugares y acomodar las personas, no siendo escasos en dar entrada como fuesen personas dignas, se juzgó que no hubo menos de tres mil hombres.

Estando puesto con el referido ornamento y orden, con grandísimo silencio y quietud, casi á las nueve horas de la noche, una figura de mujer que estaba en la cúpula de un templo de gentil arquitetura labrado en el testero de la sala, que era la Fama, tocó un clarín, con que llevó á sí con gran aplauso toda la gente; y luego comenzó un coro de música, que estaba en las ventanas en medio de la sala, á cantar los versos siguientes con voces angelicales, respondiendo otro de las ventanas fronteras, y á voces cantando todos la letra siguiente, con el espíritu que la letra pedía, la cual declara la intención de la máscara:

La virtud generosa,
cercada de ministros celestiales,
y de su luz hermosa,
para comunicarla á los mortales,
decendió adonde baña
Pisuerga el trono superior de España.

Dando en la antigua Pincia
que Olit restituyó, donde sus Reyes
dan á tanta provincia
como su imperio abarca, justas leyes,
un subcesor augusto
salió á la luz, terror del pueblo injusto.

Para que esta esperanza
crezca, excediendo á todo humano ejemplo,
hoy, para su crianza,
se le dedica en su palacio un templo,
y con piadosa mano
cierra la paz las puertas del de Jano.

Jazmín, rosas, violetas,
súbitas nacerán en la real cuna,

donde sirven sujetas
hoy la naturaleza y la fortuna,
porque muy superiores
virtudes le producen estas flores.

Al punto que la música acabó, se abrió en el otro testero de la sala, que está frontero del templo, una gran puerta, por la cual se aparecieron entre muchas luces diversas figuras de máscaras alrededor de un hermoso coro, y no se movieron hasta que los coros cantaron la siguiente estancia:

Mas ya el virgéneo coro
ocupa con su diosa la real puerta,
que sobre quicios de oro,
la humana majestad le tiene abierta,
y es por donde visita
al hijo de Felipe y Margarita.

Acabando los coros á un tiempo, comenzaron músicas de cornetas y otras, y en particular una gran tropa de violones enmascarados, vestidos con ropones de seda naranjada, guarnecidos de oro al uso veneciano, y sombreros con plumas, y tañendo cierta sonada deleitosa compuesta para tal efeto. Comenzaron á caminar, que como eran muchos, iban en tropa; con aquel traje parecieron bien; seguían muy despacio á los lados veinte y cuatro pajes con hachas, máscaras y vaqueros de lo mismo, y sombreros con penachos, entre los violones, y [en] el carro iban seis meninas, que eran doña Juana y doña Isabel de Aragón, doña María de Velasco y doña Catalina de

Sinificación del sarao.

Guzmán, doña Bárbara del Maino y doña María Zapata, que representaban las virtudes á un príncipe pertenecientes: la Magnanimidad con una espada con dos cuchillas, cuyas puntas son diversas flores; la Liberalidad se mostraba pintada en una tarja con un sol, que es la criatura que más se comunica; la Seguridad, que se demostraba con una áncora de plata asida de una maroma de seda; la Prudencia, embrazado un escudo en un espejo, y un triángulo en medio, de oro, que significaba los tres tiempos, pasado, presente y futuro, que de todo hombre prudente deben ser considerados; la Esperanza, con unos ramos de laurel, porque como siempre está verde, así vive siempre la esperanza; y la Paz, que iba sucediendo con unos ramos de oliva. El vestido destas seis virtudes era de velo de oro y plata, y los tocados eran muy galanes y artificiosos. Iban danzando graciosamente, y detrás la señora Infanta doña Ana, que representaba la sola virtud que comprehende todas las otras, sentada en un carro á modo de popa de navío, de veinticinco palmos en alto, con muchas labores de relieve, que eran sirenas, tarjetas, trofeos y otras cosas, todas doradas, y en su campo pintadas diversas fantasías poéticas. Tiraban el carro dos hacas muy pequeñas, cubiertas con paramentos de tela de oro carmesí, con sus penachos, y en una silla, en lo más alto del carro, iba la señora Infanta, con una celada de oro en la cabeza, con muchos diamantes y penachos, y en la mano llevaba un cetro de oro, y en el cabo dél

un pájaro celeste, y á los dos lados y pies de la silla, iban sentadas dos niñas, que eran doña Sofía de Araiz y doña Luisa Pacheco, con dos hachas en las manos; más abajo de su Alteza, en medio de unas gradas que había en lo interior del carro, iba sentada la Duquesa de Villahermosa, representando la Felicidad, que es la fuerza de la virtud, con un cornucopia, y entre las frutas dél se mostraba una reja de arado, y sobre su tocado un ave fénix: su vestido era de tela de oro carmesí, con mucha pedrería.

Fué caminando en el referido carro y con el dicho acompañamiento la virtud, hasta el templo, al cual se subió por unas gradas cubiertas de riquísimas alhombras, y formábanle dos colunas con su pórtico, historiadas y doradas, con sus basas y capiteles, y en los nichos (1), de jaspe y pórfido, estaban cuatro grandes figuras de oro. La una era la Religión, teniendo el caduceo de Mercurio en la mano, que significaba abundancia de bienes espirituales; otra, con el rayo de Júpiter en la mano, denotaba la Justicia; la Prudencia tenía una esfera de oro, que significaba los cielos, con cuyo movimiento socorre al mundo inferior; la cuarta era la Vitoria, que blandía unas palmas. Llegada su Alteza á las gradas del templo, habiendo ido con reposo y majestad más que de criatura, se apeó, y fué á sentarse en una silla de brocado que estaba en medio de otras dos;

Estatuas del templo.

(1) Por errata, *nicos*.

las otras virtudes se sentaron por su orden en las gradas del templo, el cual, como toda su arquitetura, era de oro: en la cúpula y cornices y por todo el frontispicio había muchas hachas y velas, [que] resplandecían maravillosamente y mostraban gran autoridad. El carro se volvió para donde vino, que hizo muy linda vista, y los músicos se fueron á poner en su tabladillo debajo de los coros de los cantores, los cuales volvieron á cantar el himno siguiente, con que se acabó de entender la intención de la máscara:

Filipo el Cuarto vino
á merecer, como Hércules tebano,
aquel premio divino
que dan los dioses al valor humano,
que en competencia suya,
paz y descanso público instituya;

Mas domará primero,
si en la cuna le embisten, los dragones;
en edad más entero (1),
las quimeras, las hidras y leones,
y en el infierno mismo
pondrá en prisión las furias de su abismo.

Cuando en sus hombros quiera
poner Filipo, como Atlante, el mundo,
de la misma manera
que Cárlos los libró desde el Segundo,
émulo del abuelo,
podrá en la tierra sostener el cielo.

En acabando los coros, se cayeron unas telas

---

(1) Por errata, *entera*.

que cubrían el testero de la sala que miraba al templo, y luego se mostró un ancho aposento, como cimborrio de templo, fabricado para lo alto y para los lados con muchas lunas de espejos, que pareció un hermoso, resplandeciente y trasparente cielo, y dentro dél catorce héroes y catorce ninfas con antorchas encendidas, [de] cuya luz y de otras muchas secretas, resplandecía mucho, y con la transparencia del cielo, se mostraban muy claros aquellos simulacros, vestidos todos con sayos de tela de oro naranjado hasta la rodilla, con faldetes y almenaje á la usanza y traje antiguo romano, bordados y guarnecidor de oro, y encima mantos de tela de plata que desde el hombro iban cayendo hasta los pies, y se recogían en el brazo izquierdo por encima de la espada. Llevaban morriones de la misma tela de oro, bordados de grandes perlas, con altos penachos de diversas colores, de los cuales pendía una toca de velillo de plata, y todos llevaban cadenas riquísimas de diamantes. Las ninfas llevaban basquiñas y jubones de tela de plata bordada de cordoncillo de plata y escarchado, y encima unos faldones hasta la mitad de las esquinas, con sus cueras con mangas en punta, y de la cintura de las cueras colgaban almenillas con botones y borlas, todo de oro; los tocados eran bizarros, ricos y extraordinarios, con muchas plumas blancas, y colgando dos cabos de velillo de plata, que el uno iba revuelto á un brazo, y el otro caía hasta

Nube que se descubre con los héroes y ninfas.

Vestidos de la máscara.

el suelo; pero las joyas de diamantes y rubíes que llevaban en los tocados era cosa de admiración. Los héroes tenían máscaras, y las ninfas también, rajadas, que parecían bien, y en suma, éste era también hábito á lo romano; y desde que los referidos héroes y ninfas se mostraron en el cielo, los coros cantaron lo siguiente:

CORO PRIMERO

Ya la Deidad eterna,
que en los anfiteatros celestiales
sus fábricas gobierna,
ha rasgado los cóncavos cristales,
y en ellos muestra abiertas,
entre los rayos de su luz, las puertas.

CORO SEGUNDO

Pues decidnos agora
para quién las abrió, si el tierno Alcides
en pura infancia llora,
y hasta que coronado en esas lides
lo suban sus vitorias,
no participará de tantas glorias.

CORO PRIMERO

Porque el Olimpo ordena
que los héroes y ninfas que ya habitan
en su cumbre serena,
con las virtudes ínclitas compitan,
y á la tierra desciendan,
donde á la grave educación atiendan.

CORO SEGUNDO

Y en este breve espacio
que interpone á ese bien naturaleza,

pues todo el gran palacio
haciendo en torno y resonando empieza
el aplauso del hijo,
darán ellos tributo al regocijo.

CORO PRIMERO

Como Apolo algún día,
con los jóvenes de Argos y Diana,
con sus ninfas solía
danzar, tomando entrambos forma humana,
veréis coros sagrados
no de inferiores dioses imitados.

LOS DOS COROS

Viva, pues, viva, viva
el Príncipe español, y todo el orbe
súbdito le reciba;
que el sol, sin que haya dios que se lo estorbe,
como por ministerio
siempre alumbra algún reino de su imperio.

La nube va bajando del cielo.

En acabando los coros, comenzó la música de los violones un son inventado para este propósito; y apareciendo en aquel resplandeciente cielo una nube, se vía que poco á poco iba bajando, con dos héroes y dos ninfas, que en llegando á tierra los despedía de sí, y se volvía á subir, y ellos con sus hachas salían danzando, y se iban acercando al templo de la Virtud, hasta hacerle reverencia, y entre tanto subía y bajaba la nube de cuatro en cuatro. Los primeros fueron el Duque de Cea con doña Antonia de Toledo, D. Enrique de Guzmán con doña Magdalena de Ulloa; se-

gundos, el Condestable de Castilla con doña Inés de Zúñiga, y el Conde de Gelves con doña Leonor Pimentel; terceros, el Duque de Pastrana con doña Beatriz de Villena, y el Conde de Mayalde con doña Luisa Osorio; cuartos, el Conde de Lemos con doña Elvira de Guzmán, y el Duque de Alba con doña Antonia Manrique; quintos, el Duque del Infantado con doña Juana Portocarrero, y el Marqués de la Bañeza con doña Aldonza Chacón; sextos, el Príncipe Filiberto con doña Catalina de la Cerda, y el Duque de Lerma con doña Juana de Mendoza; sétimos, el Rey y Reina, nuestros señores, el Príncipe de Piamonte con doña Mariana Riedren, todas damas de la Reina, nuestra señora; y con maravilloso concierto y orden, como bajaban de cuatro en cuatro, iban á hacer reverencia al templo, y cuando salían los otros de la nube, ya volvían á saludarlos; y la nube se volvió á su lugar, y se pusieron en el cielo, en acabando de cerrarse, aquellos pajes de su Majestad con sus hachas en lugar de los héroes, que con aquella lucida librea y tantas lumbres parecía cosa divina. Esta danza duró gran rato, con diversas mudanzas y artificios; unas veces danzando en cuadro, otras en círculo, unas juntas y otras divididas, con universal gusto de todos, por la variedad, novedad y artificio de la cosa, gracia y destreza de los héroes y ninfas.

Los reyes se van á sentar.

Acabada esta danza, que era viva y alegre, y que levantaba el espíritu, los Reyes se fueron á asentar en las dos sillas de brocado que estaban en el

templo de la Virtud, y se quitaron las máscaras, y todos hicieron lo mismo, y tomaron sombreros con ricas plumas y cintillos de diamantes, y las ninfas, quitadas sus máscaras, se sentaron en sus lugares, y con ellas los héroes y caballeros que tenían lugar, conforme á orden de sarao. A los lados del templo, bajadas las gradas, en riquísimos tapetes estaban infinitas señoras, no dándose almohadas, salvo á las mujeres de grandes, como se usa en la casa real. Comenzaron las seis ninfas entre ellas otra maravillosa danza, compuesta con gran juicio, porque trocándose, volviendo y revolviendo y mudando lugares, como diestrísimas y airosas, lo hicieron muy bien y dieron gran contento. El sarao fué prosiguiendo, danzando los Reyes y todos conforme como lo iba su Majestad ordenando: unos turdión, otros madama de Orliens, otros pavanas y gallardas, y porque el Rey (como quien sabe acudir á todo con mucho cumplimiento) quiso honrar á los caballeros ingleses, mandó que danzase el Conde de Pert, pariente del Rey de Inglaterra, mancebo de gentil talle y disposición, y fué á sacar á doña Catalina de la Cerda, y entrambos lo hicieron con tanta admiración, que no se supo distinguir cuál lo había hecho mejor, la dama ó el caballero. Danzaron el Conde de Lemos y su hermano el Conde de Gelves, que son muy diestros, y luego mandó su Majestad que danzase el Milort Guillibi, que sacó á doña Antonia de Toledo; pero el Milort causó grande maravilla, porque danzó á la gallarda, con saltos y cabriolas tan á

compás y á tiempo, que después del Rey, tuvo el segundo lugar en la excelencia del danzar.

Finalmente, pareciendo al Rey, nuestro señor, que ya era tiempo, ordenó que los menestriles que estaban en aquel relumbrante cielo tocasen la danza de la hacha, que es el remate de los saraos. Y las meninas y damas sacaron diversos caballeros y señores; fué entre ellos el Duque de Sessa, que, como mayordomo mayor, estaba junto á la Reina, nuestra señora, y aunque no le falta nada para gran cortesano, todavía trocara el favor con otro galán. Sacaron al Duque de Lerma y al Conde de Pert, y últimamente doña Catalina de la Cerda, cuya gentileza es más que ordinaria, sacó al Rey, nuestro señor, y al Almirante de Inglaterra, por satisfacer á quien había hecho grandes demostraciones de su galán; y en esta danza se mostró como tal, correspondiendo con lo que debía al respeto real, á su edad y á la obligación de galán, dando á entender que tenía tantas partes de gentil caballero y grato, como de gran soldado. Y mientras la dama cumplía con las obligaciones de la danza, el Rey habló con él y le entretuvo, porque en ninguna cosa se vee que falta este príncipe á la grandeza y cumplimiento. La dama dió á su Majestad la hacha, y tomó de la mano al Almirante y le llevó á su lugar, y el Rey acabó el sarao á las dos de la mañana; el cual sin faltar á su real autoridad, con gracia, espíritu y proporción hizo todas las acciones y movimientos del danzar

Remate del sarao.

Almirante de Inglaterra sale á danzar.

siendo, á juicio universal, el que mereció en esto el primer lugar; de que no se maravillan los que tratan de ordinario á su Majestad, pues ninguna cosa de cuantas ejercita, deja de hacer con particular juicio y discreción.

Presentes del rey al almirante y dones á todos los caballeros ingleses.

A este tiempo ya el Almirante tenía sus negocios acabados, y pidió á su Majestad que le diese licencia para besarle la mano y despedirse, y teniéndolo por bien, le envió un diamante punta en una pluma de oro, puesto en el aire, que se tasó en siete mil y seiscientos ducados, y una sarta de perlas, en cinco mil, y otras diferentes joyas, que todas montaron más de treinta y cuatro mil. Y la Reina, nuestra señora, que también quiso hacer demostración con él, le envió una cadena de oro de diamantes, que valía cuatro mil ducados, para la Condesa, su mujer, y otras joyas, que valían otros tantos. Envió su Majestad al Rey de la Gran Bretaña seis hermosos caballos españoles con ricos jaeces, y dió al Almirante el caballo en que entró en Valladolid. Al Conde de Pert, al Vicealmirante, yerno del Almirante, á sus dos hijos, á D. Tomás, hijo del Conde de Sufolc, á un sobrino del Almirante, al Milort Guillibi, al Barón Noris y á otros caballeros, y al Veedor general de la armada, dió muchas y muy ricas joyas, y á capitanes y entretenidos del Almirante, al intérprete, al rey de armas, á los médicos y á todos

Presente de su majestad al rey de la Gran Bretaña.

Liberalidad del rey nuestro señor.

sus criados mayores, mandó repartir muy buenas cadenas; á los pajes, á los músicos, á los ayudas de cámara y trompetas, y á los de su guarda, lacayos y toda la gente menuda, mandó dar dinero, de manera que no hubo ninguno que no gozase de la liberalidad deste príncipe.

Presente del duque de Lerma al Almirante.

El Duque de Lerma presentó al Almirante dos buenos caballos españoles muy ricamente guarnecidos; y porque dió una cadena al criado que se los llevó, quiso que D. Blasco de Aragón le llevase otro gran presente de cueros de ámbar, guantes adobados, pastillas y pebetes, miquillos y papagayos, porque D. Blasco no había de tomar nada.

Presentes del Condestable y otros señores.

El Condestable, el Duque del Infantado, D. Pedro de Zúñiga y otros, le presentaron caballos, y muchas señoras, en especial la Condesa de Villamediana, le presentó cosas de olores y ricas labores.

El Almirante se despide de su Majestad.

Llevó el Condestable al Almirante á despedirse de su Majestad y del Duque de Lerma, muy reconocido de los favores y regalos que había recibido; y el Rey y el Duque le hablaron por los católicos de Inglaterra, rogándole muy afectuosamente que los tuviese por más encomendados que cualquiera otro negocio. Y á los 17 de Junio se partió con el mismo aparato de servicio y gasto de

El rey y el duque de Lerma hablan al Almirante en favor de los católicos de Inglaterra.

mulas y acémilas que cuando vino, yendo con él D. Blasco de Aragón, el aposentador mayor Gaspar de Bullón y los jueces, para no apartarse dél hasta dejarle embarcado. Salió el Condestable con él hasta fuera de Valladolid: estuvo tres días en Santander, adonde se le hizo todo buen recebimiento, y habiéndose embarcado la ropa y caballos, se le envió un gran presente de vinos, cosas de comer y conservas, que sobre los demás regalos recebidos, agradeció con gran amor y voluntad; y entre los criados de la casa real que le habían ido sirviendo repartió muy liberalmente cadenas y muchos dineros, y hasta los mozos de mulas, y dió generalmente á todos, en su capitana, una gran colación (1), y en particular á don Blasco de Aragón y á Gaspar de Bullón quiso hacer grandes presentes, y aunque los importunó mucho, ellos no tomaron nada; y en suma, se gobernó en todo con gran discreción y prudencia, y todos los caballeros y gente suya con mucho miramiento y quietud, sin dar en nada causa de escándalo.

Almirante de Inglaterra se muestra muy liberal.

(1) Algunos ejemplares tienen suprimidas las palabras que siguen, y terminan: "gobernándose en todo con gran discreción y prudencia", etc.



19

